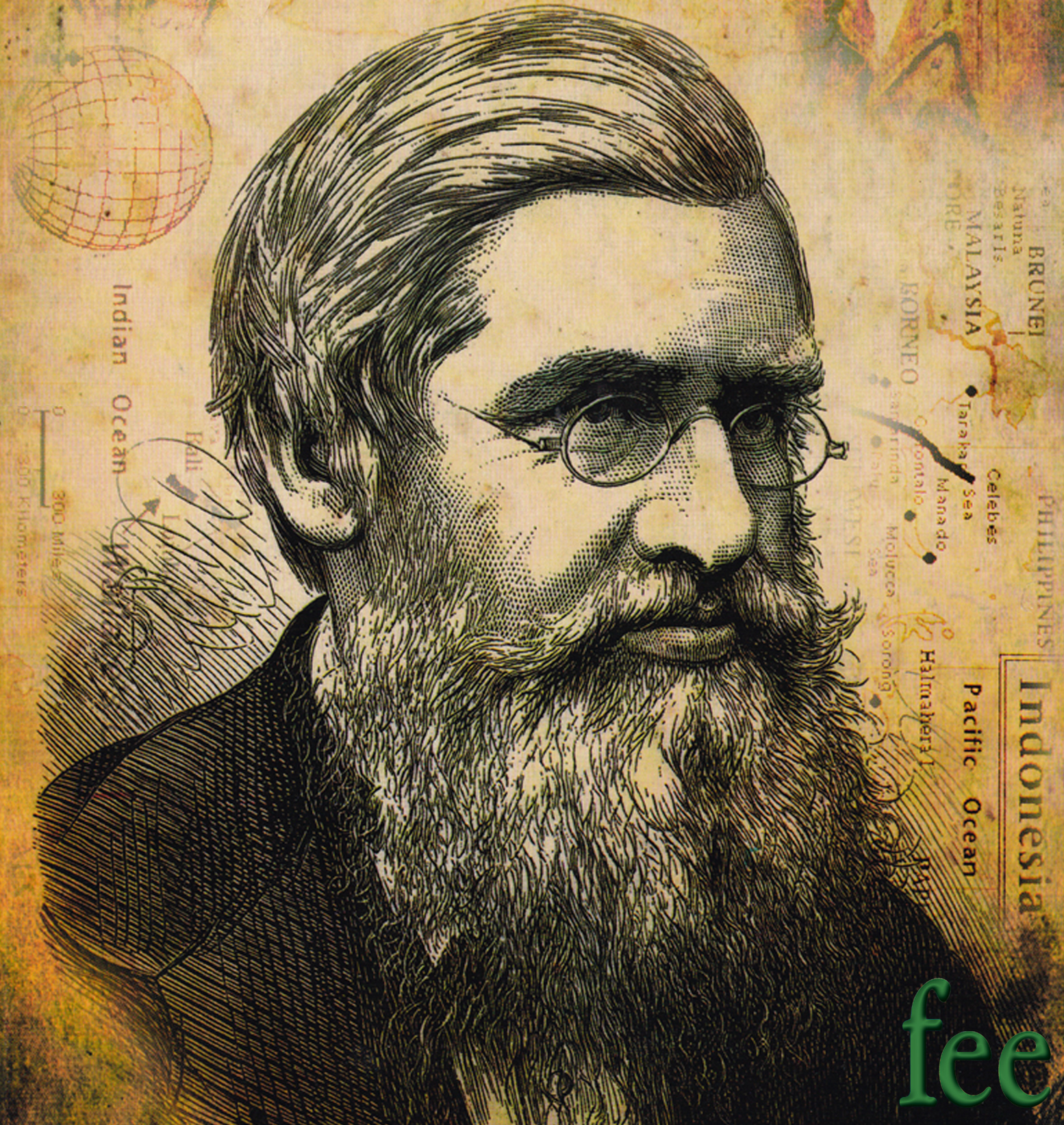


DEFENSA DEL ESPIRITUALISMO MODERNO

Alfred Russel Wallace



fee

Datos de Copyright

Sobre la obra:

La presente obra es puesta a disposición por el equipo de *ebook espirita* con el objetivo de ofrecer contenido para uso parcial en investigaciones y estudios, así como una simple prueba de la calidad del trabajo, con el propósito exclusivo de compra futura.

Queda expresamente prohibida y totalmente reprobable la venta, alquiler o cualquier uso comercial de este contenido.

Sobre nosotros:

El *ebook espirita* pone a disposición contenidos de dominio público y propiedad intelectual de forma totalmente gratuita, ya que considera que el conocimiento y la educación espírita deben ser accesibles y gratuitos para todos y cada uno. Puede encontrar más obras en nuestro sitio web www.ebookespirita.org



www.ebookespirita.org

Defensa del Espiritualismo moderno

por

Alfred Russel Wallace

Miembro de la Sociedad Real

Autor de la Historia Natural del Archipiélago Malayo, de Exploraciones en el Amazonas, de la Teoría de la Selección Natural, etc., etc.

Traducida del original inglés por J.A.M.

Buenos Aires (La Plata)

Año 1887.

FEDERACIÓN ESPÍRITA ESPAÑOLA
www.espiritismo.es

Un prólogo necesario

Estimado lector/a aquí en sus manos tiene una rara obra, pero no por ello menos importante, dada la relevancia científica de su autor. En castellano, es muy difícil encontrar un ejemplar de la misma en las librerías de “antiguo y viejo”, y la que aquí presentamos es una edición argentina de 1887.

Wallace es uno de los científicos más eminentes que abrazaron las ideas espiritistas, coautor junto con Darwin de la “Teoría de la Evolución de las especies por selección natural”. Si bien su bibliografía es escasa y no merece la importancia de otros sesudos investigadores como William Crookes o Charles Richet, ya que Wallace fue más bien un espírita de estudio y divulgación, nos honramos de presentar aquí esta obra; la cual es muy mencionada en los diversos libros de León Denis, y en el medio espírita en general, por lo que merecía ya una justa recuperación.

Algunas puntualizaciones:

La ortografía ha sido modernizada, para facilitar la lectura.

En inglés “Spiritualism” significa espiritualismo y espiritismo a un mismo tiempo, no existe un vocablo específico para espiritismo, recordemos que tal palabra fue acuñada por el pedagogo francés Denizar Rivail más conocido como Allan Kardec, en la obra con que da inicio la Doctrina Espiritista, el Libro de los Espíritus (1857).

Por su valor histórico y su relevancia para el tema aquí tratado, serán anotadas a su vez las inscripciones que el antiguo propietario de la obra dejó impresas en el frontispicio de la misma, ignorante de que miles de personas las leerían algún día.

Sin más preámbulos, les deseo que hallen instructiva la siguiente lectura.

Notas del anterior propietario

Nadie ignora de que un año antes de que publicase Darwin su famoso libro sobre el Origen de las especies, un célebre viajero y no menos célebre naturalista, Alfredo Russell Wallace, había proclamado que la selección natural era la causa de la variabilidad de las especies; su libro, o más bien memoria, pasó desapercibida; ¿cómo, pues, se explica la revolución que produjo después la obra de Darwin?

La teoría de Darwin se basa en los cuatro axiomas siguientes:

1. En la Naturaleza no existen dos animales o plantas que tengan identidad perfecta.

2. Sus descendientes tienden a heredar las peculiaridades de sus progenitores.

3. De los que vienen a la vida pocos alcanzan la madurez.

4. Aquellos que bien se adaptan a los medios que les rodean están en mayor propensión a producir descendientes.

¡Oh sacrosanta verdad! Todos dicen que te aman; pero; que pocos son los que quieren sustentarte a costa suya!...

Estoy tan lejos de tener por inconveniente la confesión de la ignorancia propia, cuando realmente la hay, que antes, el afectar, que se sabe lo que se ignora, lo juzgo bajeza de ánimo, y esta bajeza es la que ha llenado de infinita página inútil, no sólo los libros de filosofía, más también de otras facultades. ¿No es impostura, ajena de todo hombre honesto proferir como cierto lo dudoso, como claro lo obscuro, y por no confesar que ignora algo, señalar por causa de un efecto lo que para sí conoce que no puede serlo?

P. Feijoó "Teatro Crítico Universal, página 53. Tomo III. Madrid 1777."

"Atacar a la fe de los Crookes, de los Zollner y de los Wallaces es cosa fácil, pero es menos cómodo elevarse a su nivel". Aquiles de Poincelot.

"Los males con que afigimos a nuestro prójimo nos persiguen como la sombra al cuerpo". Kristna.

“Las virtudes ocultas y las estrellas inaccesibles, aunque no se ven, no por eso dejan de brillar.” **Marietta.**

“No hay arma alguna tan poderosa como la virtud”. **Menandro.**

“Más allá de la tumba no tenemos otro juez ni otro verdugo que nuestra propia conciencia”. **León Denis.**

“Esta religión de la razón y de ciencia se llama Espiritismo”. **José Garibaldi.**

Juan Boada (rúbrica)
Buenos Aires, febrero 1898.

PRÓLOGO

Parece que tanto el sistema moral como el religioso recibirán del progreso de la ciencia en el porvenir profundas modificaciones. Ellos se conformarán más y más a los fenómenos naturales: no sólo a los que ha descubierto un diligente materialismo, trabajando en una dirección única, sino también a los hechos trascendentales que el Espiritualismo moderno ha restaurado y demostrado. Uno de estos órdenes de fenómenos es incompleto sin el otro; y es tan cierto que el materialismo está sentenciado a que lo circunde y transfigure el horizonte más vasto del Espiritualismo, como que el sistema del universo de Ptolomeo estuvo sentenciado a que lo reemplazase el de Copérnico.

Los hechos impopulares suelen encontrar una oposición tan persistente como la que sigue a las teorías impopulares; por cuya razón los espiritualistas inteligentes no se alteran por el antagonismo que sus hechos han encontrado en los Huxleys, Tyndalls, Carpenters y Büchner de nuestra actualidad. –Todos estos hombres, al trabajar por la ciencia, cada cual a su modo, aunque con la desventaja de la ignorancia de ciertos fenómenos de vasta significación, son bienvenidos para los espiritualistas, como cooperadores en la causa de la verdad; porque, descansando en sus hechos, tienen confianza en que la ciencia genuina los incluye todos, y en que cada nuevo descubrimiento tiene que estar en armonía con lo que ellos reconocen como verdadero. No procediendo la oposición a los fenómenos, como no procede en realidad, sino de falta de conocimiento, ella no hace más que indicar la magnitud y el asombroso carácter de los fenómenos mismos que han podido excitar semejante incredulidad en presencia de irresistibles testimonios.

Entre los hombres de ciencia que han admitido, ya sea los hechos, o ya los hechos y la teoría del Espiritualismo, se encuentran: Hare, químico; Varley, de la Sociedad Real, electricista; Flammarion, astrónomo; Crookes, de la Sociedad Real, químico; Hoefle, autor de la “Historia de la Química”; Nichols, químico; Fichte, filósofo; Liais, astrónomo; Hernan Goldschmidt, astrónomo y descubridor de catorce planetas⁽¹⁾; Von Esenbach, el mayor botánico alemán moderno; Huggins, de la Sociedad Real, astrónomo-espectrocopista; De Morgan, matemático; Dille, físico; Elliotson, Ashbur-

¹ Entendamos por planetas, cuerpos menores tales como asteroides.

ner y Gray, médicos y cirujanos. Sin embargo, a ningún hombre eminente de ciencia ha debido más el Espiritualismo moderno que a Alfredo Rusell Wallace, de la Sociedad Real, distinguido por sus investigaciones en Historia Natural, Paleontología y Antropología. Su “Defensa del Espiritualismo”, que se verá enseguida, apareció primero en la “Revista Quincenal de Londres” de mayo y junio de 1874. Por cuanto contiene los últimos hechos no se ha presentado todavía ninguna exposición que sirva mejor para responder a los adversarios del Espiritualismo.

El señor Wallace, aunque llegó al mismo tiempo que Mr. Darwin a conclusiones análogas respecto al origen de las especies, difiere de él en un punto importantísimo; porque cree que “es necesario admitir una inteligencia superior para poder explicar la existencia del hombre”. Su conocimiento de los fenómenos del espiritualismo tiene que darle sobre Mr. Darwin una gran ventaja en la amplitud y alcance de su antropología.— Además de su grande obra sobre la “Historia Natural del Archipiélago Malayo” y la exposición de sus “Exploraciones en el Amazonas”, el señor Wallace es autor de la “Teoría de la Selección Natural” y de muchos escritos en periódicos científicos. El Dr. Hooker, presidente de la “Asociación Científica Británica”, escribió en 1868: “De Mr. Wallace y de sus muchas contribuciones a la Biología filosófica, no es fácil hablar sin entusiasmo; porque aparte el gran mérito de ellas, él olvida en sus numerosos escritos, con una modestia tan espontánea como rara, sus propios incuestionables títulos al honor de haber originado, independientemente de Mr. Darwin, las teorías que tan hábilmente defiende”.

No se podría tratar con ligereza ni prescindir del testimonio que a favor de los estupendos fenómenos del Espiritualismo da un investigador como Mr. Wallace. ¿Qué se puede replicar a la falange de hechos que él presenta?

Epes Sargent.

DEFENSA DEL ESPIRITUALISMO MODERNO

Con gran desconfianza, pero bajo un imperioso sentimiento del deber, el autor de este escrito acepta la oportunidad que se le presenta de someter a sus lectores algún informe general sobre un vasto movimiento que, aunque en su mayor parte es tratado con desprecio o puesto en ridículo, entraña, a su juicio, verdades de la más vital importancia para el progreso humano⁽²⁾. El asunto que se va a tratar es tan vasto; las pruebas a que él se refiere son tan diversas y tan extraordinarias; las preocupaciones que las rodean son tan arraigadas, que no es posible hacerle justicia sin entrar en abundantes pormenores. El lector que se contraiga a la lectura de las siguientes páginas, puede, pues, hallar acaso, una prueba para su paciencia, pero si es capaz de prescindir de sus ideas preconcebidas sobre lo que es posible y lo que es imposible, y de guiarse únicamente por la naturaleza del testimonio acorde, pesándolo cuidadosamente para aceptar o para rechazar las pruebas que se le presenten; el autor se atreve a creer que el lector no encontrará mal empleados su paciencia y su tiempo.

Pocos hombres en nuestra afanada época, tienen el solaz necesario para leer gruesos volúmenes sobre asuntos especiales. Fuera de los límites de cualquier profesión o de cualquier estudio peculiar, adquieren mucha parte de sus conocimientos generales por medio de la prensa periódica literaria; y ésta, por lo común, les suministra instrucción abundante y correcta, si bien de carácter general. Algunos de nuestros principales pensadores y operadores ponen los resultados de sus investigaciones en conocimiento de los lectores de repertorios y revistas; y es raro que se permita aparecer en estas páginas como maestro autorizado a ningún escritor cuyo caudal de datos es mezquino u obtenido de segunda mano. Respecto al asunto que va a ocuparnos, no se ha seguido hasta ahora esa regla. Las más veces no se ha querido oír a aquellos que han consagrado muchos años al examen de sus fenómenos; al paso que hombres que no les han dedicado suficiente atención, y son casi completamente ignorantes de las

² Las siguientes obras son las más importantes que se han usado en la preparación de este artículo: Lecturas Espirituales, por el Juez Edmonds (Nueva York, 1858-60); Pasos en la frontera de otro mundo, por Robert Dale Owen (Trubner y Ca., 1861); Espiritualismo americano moderno, por E. Hardingen (Nueva York, 1870); Terreno debatible entre este mundo y el próximo, por Dale Owen (Trubner y Ca., 1871); Informe sobre Espiritualismo por la comisión de la Sociedad Dialéctica de Londres (Logmans y Ca., 1871); Anuario del Espiritualismo (Boston y Londres, 1871); Arcanos del Espiritismo, por Hudson Tuttle (Boston, 1871); El repertorio Espiritual (1861-74); El periódico Espiritualista (1872-74); El médium y despertador (1869-74).

investigaciones de otro, han sido los únicos en suministrar los informes a que ha tenido acceso una gran parte del público. En apoyo de este aserto es necesario referirse, con breves comentarios, a algunos de los más notables artículos en que se han discutido recientemente los fenómenos y las pretensiones del Espiritualismo.

A principios del presente año, los lectores de esta revista fueron obsequiados con "Experiencias del Espiritualismo" por un escritor de no escasa habilidad y de miras plenamente avanzadas. Asegura a sus lectores que "procuró con toda conciencia ponerse en actitud de hablar del asunto, asistiendo a cinco sesiones" de algunas de las cuales refiere los pormenores; y llega a la conclusión de que los médiums no son ciertamente engañadores ingeniosos, sino "juglares de la más vulgar categoría;" que "la mente afecta al Espiritualismo es víctima de los fraudes más patentes y acepta con avidez el escamoteo como manifestaciones de los espíritus"; y finalmente, "que los médiums son tan crédulos como aquellos a quienes alucinan, y caen desde luego en cualquier lazo que se les tiende." Ahora bien: en presencia de las pruebas que tenía y en el supuesto de que no fuese posible obtenerlas mejores aunque hubiese dedicado a la investigación, no cinco sesiones sino cincuenta, las conclusiones de Lord Amberley son perfectamente lógicas; pero lejos de haber presenciado "una muestra de lo que son las manifestaciones que convencen a los espiritualistas", "un conocimiento superficial de la literatura de este género, le habría mostrado que ningún espiritualista de algún valer fue convencido jamás por cantidad alguna de tales pruebas". En este artículo publicado después del de Lord Amberley, en la "Sociedad de Londres", de febrero, su autor, Mr. Dumphy, jurisconsulto y bien conocido hombre de letras, dice:

"Difícil era para mí ceder a la idea de que objetos sólidos pudiesen ser transportados invisiblemente a través de puertas cerradas o que muebles pesados pudiesen ser movidos sin la interposición de las manos. Los filósofos dirán que estas cosas son absolutamente imposibles: sin embargo es absolutamente cierto que suceden. Me he encontrado en las casas de amigos particulares, como testigos de estos fenómenos, con personas cuyo testimonio habría sido de mucho peso en una corte de justicia. Entre ellos había pares, miembros de sociedades sabias, químicos, ingenieros, periodistas y pensadores de todas clases y jerarquías. Han sugerido y efectuado pruebas del carácter más rígido y satisfactorio. Los médiums (ninguno de los cuales era profesional) han sido registrados antes y después de las sesiones. Aun se llegó a adoptar la precaución de hacerle cambiar inesperadamente sus vestidos. Se les ha atado: se les ha puesto sellos: se les ha asegurado de cuantas maneras diestras y astutas podía imaginar el ingenio; pero ningún engaño se ha podido descubrir, ni se ha revelado la menor impostura. Ni existía motivo alguno de impostura, desde que en el buen o mal éxito de las manifestaciones, no mediaba pago ni recompensa de ninguna especie."

Aquí se presenta, pues, una bonita cuestión de probabilidades. Tenemos que creer o que Lord Amberley es casi infinitamente más astuto que Mr. Dumphy y sus huestes de amigos eminentes: de manera que en cinco sesiones fallidas casi todas han sondeado el fondo de un misterio en el cual ellos, a pesar de sus mayores esfuerzos vagan todavía sin esperanza, o que la astucia del noble Lord no sobrepasa la astucia combinada de todas estas personas; en cuyo caso la mucho más vasta experiencia de éstas, y el haber presenciado muchas cosas no vistas por el noble Lord tienen que considerarse como de mayor peso, y demostrar cuando menos, que todos los médiums no son “juglares de la más vulgar categoría”.

El “Nuevo Repertorio Trimestral” de Octubre último, en su primer número, tiene un artículo titulado “Una sesión Espiritualista”, pero que sólo es la narración de ciertas ingeniosas combinaciones a favor de las cuales se imitaban algunos de los fenómenos usuales en las sesiones, y se engañaba y confundía por igual a escépticos y espiritualistas. A primera vista parece esto quitar la máscara al espiritualismo; pero en realidad es muy favorable a sus pretensiones; porque implica el supuesto de que los maravillosos fenómenos presenciados, ocurren realmente, y son producidos por varias combinaciones mecánicas. En este caso las habitaciones de encima, de debajo y de los lados de aquella en que se verificaba la sesión, tenían que ser provistas con maquinaria especial y con ayudantes para hacerla funcionar. El aparato tal como se ha descrito, no podrá costar menos de cien libras esterlinas, y aun así sólo serviría para producir unos pocos fenómenos fijos, tales como los que ocurren a menudo en casas particulares y en la habitación de médiums que no tienen la posesión exclusiva de ninguno de los cuartos adyacentes, ni dinero para conseguir maquinaria costosa y ayudantes asalariados. El artículo lleva en sí mismo el sello de narración enteramente ficticia; pero sirve para demostrar, si demostración se necesita, que los fenómenos que tienen lugar bajo tan múltiples formas y variadas condiciones, y con igual frecuencia en las casas particulares que en los departamentos de los médiums, no son en manera alguna producidos por maquinaria.

Quizá el ataque reciente más notable contra el Espiritualismo fue el publicado en la *Revista trimestral* de Octubre 1871, cuyo autor se sabe que es un eminente fisiólogo, y que influyó mucho en cegar al público acerca de la naturaleza real del movimiento. Este artículo después de dar una ligera reseña de los fenómenos referidos, entra en algunos pormenores sobre la escritura llamada de plancheta y sobre la ascensión de las me-

sas –hechos a los cuales ningún espiritualista da seria importancia, como prueba para convencer a otros– y en seguida define su punto de vista así:

“Sostenemos, pues, que las pretendidas comunicaciones espirituales, vienen de dentro y de no fuera de los individuos que se suponen recibir las; que pertenecen a la clase que los fisiólogos y los psicólogos llaman subjetiva; y que los movimientos que las expresan, ya sean oscilaciones de mesas o escritura *de plancheta*, son producidos en realidad por la acción muscular de ellos mismos, ejercida independientemente de su voluntad y sin que tengan conciencia alguna de ello”.

Dedica en seguida varias páginas a la descripción de sesiones que, semejantes a las de Lord Amberley, fueron fallidas las más; y a los experimentos de un clérigo de Bath, que creía que las comunicaciones venían de los demonios; y sólo aduce en general aquellos débiles e inconducentes fenómenos que se pueden explicar por las manoseadas fórmulas de “*ce-re-bración inconsciente, atención expectante, y acción muscular inconsciente*”. Unos pocos de los más sorprendentes fenómenos físicos son mencionados sólo para ponerlos en duda e impugnar el juicio de los testigos; pero no se ha siquiera intentado poner a la vista del lector, dato alguno sobre la cantidad y peso del testimonio acerca de ellos, o sobre las largas series de diversos fenómenos que conducen a ellos y los confirman. Cítanse y censúranse algunos de los experimentos del profesor Hare y de Mr. Crookes, asumiendo que estos expertos físicos ignorasen los más sencillos principios de mecánica y dejasen de emplear las precauciones más usuales. No se hace mención de los numerosos y variados casos de cuerpos pesados moviéndose sin contacto directo o indirecto de ningún ser humano; excepto una cita de la aseveración de Mr. C. F. Varley, de haber visto en pleno día una pequeña mesa movida en una distancia de 10 pies, sin ser tocada por él, y sin que nadie sino él mismo, estuviese cerca de ella – “como un ejemplo del modo, como inteligencias de este orden limitado, suelen ser engañadas por su propia imaginación”. Este artículo, como los otros ya citados, muestra en su autor un olvido completo de la máxima de que “un argumento no está refutado mientras no se refute la mejor parte de él”. Entre la vasta masa de hechos aseverados que por supuesto, mucho que es débil e inconducente, y mucho que no tiene valor como prueba concluyente, sino para quienes tienen razones independientes para creer en ellos. Escoger de esta masa incoherente argumentos que pueden ser refutados, y hechos que se pueden explicar, es la cosa más fácil del mundo; pero ello ¿a qué conduce? No es eso lo que ha convencido a alguien, sino los más graves, frecuentes y siempre probados fenómenos, que esos escritores invariablemente omiten mencionar.

El profesor Tyndall ha dado también a luz en sus *Fragmentos de ciencia*, publicados en 1871, alguna cuenta de su tentativa de investigar estos fenómenos. Una vez más tenemos una minuciosa descripción de una sesión por el estilo de las de Lord Amberley, en la cual el profesor fácilmente prevaleció sobre algunos espiritualistas demasiado crédulos, improvisándoles algunas manifestaciones de su propio caudal. El artículo data de 1864. Debemos deducir, pues, que el profesor no ha visto gran cosa de la materia de que trata, ni se ha informado de lo que otros han visto y verificado cuidadosamente; o él apenas se habría aventurado a considerar su escrito como digno del lugar que ocupa al lado de investigaciones originales y de aumentos positivos a la ciencia humana. Tanto sus hechos como sus argumentos han sido bien contestados por Mr. Patrick Fraser Alexander en su opúsculo titulado: *Espiritualismo: narración y discusión*, escrito que recomendamos a todos aquellos que se interesen en ver cómo una inteligencia muy sagaz y sin embargo muy despreocupada, considera los fenómenos; y cuan poco concluyentes son los experimentos del profesor Tyndall, aun bajo el punto de vista científico.

La discusión en la *Pall Mall Gazette*, en 1868, así como una considerable correspondencia particular, indica que los hombres científicos asumen casi invariablemente, que en esta indagación se les debe permitir desde luego imponer condiciones: y si una vez establecidas éstas no sucede nada, consideran esto como prueba de impostura o de alucinación. Pero saben bien que en todos los demás ramos de investigación, es la naturaleza y no los investigadores, quien determina las condiciones esenciales sin estricta sujeción a las cuales ningún experimento puede dar resultados. Estas condiciones tienen que ser aprendidas, interrogando paciente-mente a la naturaleza, y son diferentes para cada ramo de ciencia. ¡Cuánto más diferentes que sean para una investigación que versa sobre fuerzas sutiles acerca de cuya naturaleza el físico es completa y absolutamente ignorante! Pedir que estos ignorados fenómenos sean tratados del mismo modo que se ha empleado hasta ahora con los fenómenos conocidos, es de hecho prejuzgar la cuestión, desde que se asume que unos y otros están gobernados por las mismas leyes.

De la reseña que acabamos de hacer de la manera como ha sido tratado el asunto por escritores populares y científicos, podemos compendiar con bastante precisión su actitud mental a este respecto. Han visto muy poco de los fenómenos mismos, y no pueden creer que otros hayan visto mucho más. Han encontrado gentes fáciles de engañar con cualquier treta inesperada, y de allí concluyen que las convicciones de los espiritualistas

se fundan generalmente en fenómenos producidos consciente e inconscientemente, de esa misma manera. Están tan firmemente convencidos, *a priori*, de que los más notables fenómenos que se dice haber sucedido no suceden, que sostendrán su convicción contra el testimonio directo de cualquier número de hombres; prefiriendo creer que todos los hombres son víctimas de algún misterioso engaño, en todo caso en que la impostura tenga que ser inadmisibles. Es evidente que para influir sobre personas en tal disposición de ánimo, el aumento de testimonio personal sería de todo punto inútil. “No tienen (para usar la admirable expresión de doctor Carpenter) en la actual estructura de su pensamiento, ningún sitio donde tales hechos puedan ser acomodados”. Es necesario, por consiguiente, modificar la “estructura misma del pensamiento”; y al autor de estas páginas le parece que esto se puede conseguir mejor haciendo una reseña histórica general del asunto, y demostrando en diferentes vías de investigación cuán vasta y varia es la evidencia, y cuán notablemente convergen estas vías hacia una conclusión uniforme. Trataremos de indicar por ejemplos característicos de toda clase de pruebas, y sin recargo innecesario de detalles, la fuerza acumulativa del argumento.

BOSQUEJO HISTÓRICO

El espiritualismo moderno data de Marzo de 1848, siendo esta la época en que por primera vez se tuvo comunicaciones inteligentes con la causa ignorada de los golpes y otros sonidos, semejantes a los que habían perturbado a las familias Mompesson y Wesley en los siglos XVII y XVIII. Hizo este descubrimiento Miss Catalina Fox, niña de nueve años, que fue el primer ejemplo reconocido de la clase, muy numerosa hoy, a que se da el nombre de *médiums*. Es digno de notarse que aun esta primera “manifestación espiritual moderna” fue sometida a la prueba de un examen ilimitado por los habitantes mismos de la aldea de Hydesville, Nueva York. Aunque todos eran consumados escépticos, ninguno pudo descubrir causa alguna para aquellos ruidos, que continuaron, si bien con menos violencia, cuando todos los niños habían salido de la casa. Nada es más común que la idea de que es absurdo e ilógico el atribuir a la acción de los espíritus los ruidos cuya causa no podemos descubrir. Indudablemente así es, cuando los ruidos no son más que ruidos; pero ¿es tan ilógico cuando los ruidos resultan ser señales, y señales que revelan un hecho, el cual aunque enteramente ignorado por todos los circunstantes, resulta ser verdadero? Pues es esa misma primera ocasión, 26 años ha, las señales declaraban que el cuerpo de un hombre asesinado estaba enterrado en la bodega de la casa; indicaban el sitio exacto de ella donde yacía el cadáver: y al cavar allí, a 6 o 7 pies de profundidad, se encontraron grandes fragmentos de un esqueleto humano. Más aún: las señales dieron el nombre del asesinado, y se llegó a averiguar y confirmar que la persona que había visitado esa misma casa, había desaparecido hacía cinco años, y jamás se había vuelto a saber de ella. Las señales declararon además que era él mismo, el asesinado, quien las hacía; y como todos los testigos se habían satisfecho de que las señales no eran hechas por ninguna persona viva, ni podía asignárseles causa, *la consecuencia lógica de los hechos era que el espíritu de la víctima daba las señales*, por mucho que tal consecuencia parezca a algunos sumamente improbable, y a otros sumamente absurda.

Las niñas Fox llegaron a ser médiums involuntarios; y la familia (que se había trasladado a la ciudad de Rochester), acusada de impostura, ofreció someter a las niñas al examen de una comisión de vecinos, elegida en meeting público. Tres sesiones fueron nombradas sucesivamente, siendo compuesta la última de escépticos violentos que había acusado a las anteriores de estupidez o de complicidad. Sin embargo, después de un examen

ilimitado, las tres comisiones se vieron obligadas a declarar que no era posible descubrir la causa de los fenómenos. Los sonidos se hacían sentir en el muro y el piso mientras las médiums, después de haber sido escrupulosamente registradas por las señoras, *estaban de pie sobre almohadas, y con los pies desnudos, y los trajes atados alrededor de los tobillos*. El último y más escéptico de los comités informó que “habían oído sonidos” y les había sido “enteramente imposible descubrir su origen”. Se habían cerciorado de que no se había hecho uso “de maquinaria ni había ocurrido impostura; y que sus preguntas, *mentales muchas veces*, habían sido respondidas correctamente”. Cuando se considera que las médiums eran dos niñas de 12 años, y que los experimentadores eran ciudadanos americanos, consumados escépticos, resueltos a descubrir la impostura, y acosados por agitados meetings públicos, acaso se convendrá en que aún desde esta temprana coyuntura, la cuestión de impostura o de alucinación quedaba no poco bien resuelta en contra de tal supuesto.

Al cabo de poco tiempo, personas que se reunían con las hermanas Fox encontraron que poseían poderes semejantes a los de éstas, en mayor o menor grado; y en dos o tres años el movimiento se había extendido por gran parte de los Estados Unidos, desarrollándose en una diversidad de extrañas formas, luchando contra el escepticismo más violento y la más rencorosa hostilidad, y sin embargo progresando siempre y conquistando adeptos entre las clases más ilustradas y mejores por su educación. En 1851 algunos de los hombres más inteligentes de Nueva York –jueces, senadores, doctores, abogados, comerciantes, clérigos y autores– se organizaron en sociedad de investigación. Era del número el juez Edmonds, y más adelante se verá una reseña de la calidad y cantidad de las pruebas que se necesitaron para convencerlo.

En 1854 se formó en Nueva York una segunda sociedad espiritualista, que contaba entre sus vicepresidentes a 4 jueces y 2 médicos; lo cual demuestra que para entonces el movimiento era ya respetable, y que personas de alta posición no temían identificarse con él. Poco después el profesor Mapes, eminente químico agrícola, fue inducido a emprender la investigación del espiritualismo. Formó un círculo de doce amigos, los más de los cuales eran hombres de talento y escépticos, que se comprometieron a reunirse con un médium, una vez por semana, veinte veces. En las 18 primeras noches los fenómenos fueron tan triviales y poco satisfactorios, que la mayoría de la reunión se sintió disgustada por la pérdida de su tiempo; pero las dos últimas sesiones produjeron fenómenos de carácter tan sor-

prendente, que la investigación fue proseguida por el mismo círculo *durante cuatro años, y todos se hicieron espiritualistas.*

Ya para ese tiempo se había extendido el movimiento a cada parte de los Estados Unidos; y a pesar de que sus secuaces eran ultrajados como impostores o sandios; de que en varias ocasiones fueron expulsados de colegios y de iglesias, y encerrados como lunáticos, y de que todo el movimiento fue *explicado* o desenmascarado una y otra vez, ha seguido extendiéndose hasta este momento. El secreto de esto parece haber sido que las explicaciones dadas, jamás fueron aplicadas a los fenómenos que ocurrían continuamente en presencia de numerosos testigos. Un médium fue suspendido en el aire en una sala llena de gente y en plena luz del día. (“Espiritualismo americano moderno”, pág 279). Un científico escéptico preparó un pequeño aparato portátil, con el cual podía producir una iluminación instantánea; y habiéndolo llevado a una sesión en la oscuridad, en la que se oían tocar muchos instrumentos de música, alumbró repentinamente el cuarto mientras se hacía redoblar violentamente un gran tambor, seguro él de descubrir al impostor ante la reunión entera. Pero lo que todos vieron fue el palillo batiendo el tambor, sin que ningún ser humano estuviese cerca: dio algunos golpes más, se elevó en el aire, y descendió suavemente hasta el hombro de una señora. (Op. cit., pág. 337). En Toronto (Canadá) en una habitación bien iluminada, se oyó el acompañamiento a una canción, tocado en un piano cerrado con llave (Op. cit. pág. 463). Se recibieron comunicaciones en letras de relieve sobre el brazo de una sirvienta iletrada, que a menudo no podía leerlas. A veces aparecían cuando ella se hallaba ocupada en sus labores domésticas, y desaparecían tan luego como las había leído el dueño de la casa o la señora (Op. cit. pág. 196). Cartas encerradas en cualquier número de sobres, o pegadas unas a otras en toda la superficie escrita, fueron leídas y respondidas por ciertos médiums en quienes se había desarrollado este poder especial. El idioma en que estaban escritas las cartas, no importaba nada; y hay constancia de que cartas en alemán, griego, hebreo, chino, arábigo, francés, castellano, han sido correctamente respondidas en los respectivos idiomas por un médium que no sabía ninguno de ellos³, (“Cartas sobre el espiritualismo” por el juez Edmonds, págs. 59-103, apéndice). Otros médiums dibujaron retratos de personas muertas, a quienes no habían conocido y de quienes jamás habían oído hablar. Otros curaban enfermedades. Pero los que más contribuyeron a propagar la creencia, fueron quizás los que hablaban en estado de sonambulismo, desarrollando con poderoso y elocuente lengua-

³ Asistimos aquí a un claro ejemplo de lo que actualmente denominamos fenómenos de xenoglosia.

je los principios y prácticas del espiritualismo, respondiendo a las objeciones, difundiendo el conocimiento de los fenómenos e induciendo de este modo a los escépticos a indagar los hechos: indagación a la cual seguía inevitablemente la conversión⁽⁴⁾. Habiendo escuchado repetidas veces a tres de estos oradores que han visitado este país, puedo dar testimonio de que son en todo iguales y no pocas veces superiores a nuestros mejores talentos de la tribuna y del púlpito, ya sea en lo acabado de la elocuencia, en lo compacto y lógico de la argumentación, o en la prontitud con que dan a sus antagonistas las réplicas más oportunas y convincentes. Son igualmente notables por la perfecta cortesía y suavidad de sus modales, y por la extrema paciencia y blandura con que hacen frente a la más violenta oposición y a las acusaciones más injustas.

Hombres del más alto rango y de la mayor habilidad, fueron convencidos por estos diversos fenómenos. Ningún caudal de educación o de disciplina mental científica, médica o forense, pudo resistir a la abrumadora fuerza de los hechos, cuando quiera que estos hechos eran investigados con método y perseverancia. El número de espiritualistas en Estados Unidos, en concepto de aquellos que están en mejor aptitud de juzgar sobre esto, es de ocho a once millones. Tal es el cómputo del juez Edmonds, que ha tenido una vasta correspondencia sobre este asunto, con cada parte de los Estados Unidos. El honorable R. D. Owen, quien ha tenido excelentes oportunidades de conocer estos datos, considera ese cómputo como aproximadamente correcto; y lo mismo aseguran a los editores del *Anuario del Espiritualismo* en 1871. Se ha pretendido que hay una exageración absurda en esas cifras, por personas menos bien informadas; y especialmente por extranjeros que han hecho indagaciones superficiales en América; pero se debe recordar que los espiritualistas, como corporación organizada, sólo existen en una muy limitada esfera; y que la gran masa de ellos no hace profesión pública de su fe, sino que todos continúan como miembros de alguna iglesia nominal: circunstancia que engañaría mucho a un observador extraño. La organización, es sin embargo, de considerable extensión. En 1870, había en América 20 asociaciones de Estado, 105 sociedades espiritualistas, 207 instructores u oradores públicos, y casi el mismo número de médiums públicos.

El movimiento ha progresado con no menos rapidez en otras partes del mundo. Varios de los médiums americanos más célebres han visitado

⁴ Para una mayor amplitud del tipo de médiums existente, consúltese la obra *El libro de los Médiums* de Allan Kardec.

este país⁵ y hecho no solamente prosélitos en todas las clases de la sociedad, sino promovido la formación de círculos privados y facilitando el descubrimiento del poder mediúmnico en centenares de familias. Apenas hay en la Europa continental ciudad o pueblo de alguna importancia, donde los espiritualistas no se cuenten en este momento por centenas sino por millares.

Se dice, con suficiente autoridad, que hay en París cincuenta mil espiritualistas reconocidos y diez mil en Lyon; y en cuanto a Inglaterra, se puede computar en globo el número de ellos por el hecho de existir cuatro periódicos exclusivamente espiritualistas, uno sólo de los cuales tiene una circulación de cinco mil ejemplares.

⁵ Se refiere a Inglaterra, patria de R. Wallace.

DEDUCCIONES DEL BOSQUEJO ANTERIOR

Antes de proceder a manifestar las pruebas que han convencido, y convertido a los escépticos más educados, consideremos un instante el alcance del hecho incuestionable de que (para caer en exageración) muchos miles de hombres instruidos de todas las clases de la sociedad y de todas las profesiones, en cada una de las grandes naciones civilizadas del mundo, han reconocido la realidad objetiva de estos fenómenos; aunque, casi sin excepción, los miraban al principio con repugnancia o desprecio como a impostura o alucinaciones. Nada hay igual a esto en la historia del pensamiento humano; porque nunca ha existido antes una convicción tan fuerte y tan bien fundada en apariencia, de que esta clase de fenómenos jamás ha sucedido ni puede suceder jamás. Suele decirse con frecuencia que el número de sectarios de una creencia no es una prueba de su verdad. Esta observación se aplica generalmente al mayor número de las religiones cuyos argumentos apelan a las emociones y a la abstracción, pero no a la evidencia de los sentidos; y con igual justicia se aplica también a gran parte de la ciencia moderna. La casi universal creencia en la gravitación, y en la teoría de las ondulaciones de la luz, no las hace por esto más probables en grado alguno; porque en realidad son muy pocos los que creyéndolas, hayan examinado los hechos que demuestran estas teorías del modo más convincente, o que sean capaces de seguir y valorizar el razonamiento que las demuestra. Las más veces no hay más que una creencia ciega aceptada de la autoridad de otros. Pero respecto de los fenómenos espirituales, el caso es muy diferente. Ellos, para el mayor número de los hombres, son tan nuevos, tan extraños, tan increíbles, tan opuestos a toda su manera habitual de pensar, tan contrarios en apariencia al espíritu científico prevaleciente en nuestra época; que no pueden aceptarlos y no los aceptan sino en fuerza de evidencia directa y personal; cosa que no hacen en casi ningún otro ramo de conocimientos. Los miles y millones de espiritualistas representan, pues, en su mayor parte a hombres que han presenciado, examinado y comprobado por sí mismos las pruebas una vez y otra y otra, hasta que lo mismo que al principio no podían admitir que *pudiese ser verdadero*. Esto explica la completa impotencia de las pretendidas *denuncias y explicaciones*, para convencer de error a siquiera uno solo de los creyentes. Los denunciantes y explicadores jamás han ido más

allá de las primeras dificultades que constituyen el *pons asinorum*⁽⁶⁾ del Espiritualismo, que cada creyente tiene que pasar, pero en cuyo incipiente paso de investigación nunca se consigue convertir a nadie. Explicando el movimiento giratorio de las mesas, o sus sonidos, no se ejerce influjo alguno sobre el hombre que nunca ha fundado en eso su convicción, sino que ha visto en plena luz del día moverse los objetos sin tocarlos, y proceder como si fuesen guiados por seres inteligentes; y que ve esto en tal variedad de formas y de lugares, y bajo condiciones tan diversas y tan tirantes, que la realidad del hecho llega a ser tan palpable para él como la atracción del hierro por el imán. Explicando la escritura automática (que a nadie convence sino al que escribe, y a veces ni aún a él) no podéis afectar la creencia del hombre que ha obtenido la escritura cuando nadie tocaba la pluma ni lápiz : o que ha visto una mano sin cuerpo humano a que estar unida, tomar un lápiz⁽⁷⁾ y escribir; o como lo atestigua el señor Andrew Leighton, de Liverpool, ha visto levantarse el lápiz por sí solo y escribir estas palabras: *¿Y este mundo de lucha ha de acabar al fin en polvo?* Por esto hay tan pocos casos de retractación o de perversión en el Espiritualismo, que se puede decir en verdad que no hay ninguno. Después de leer y de indagar mucho, no puedo hallar un solo ejemplo de individuo que habiendo adquirido un conocimiento personal suficiente de todas las principales fases de los fenómenos, haya desistido posteriormente de creer en su realidad. Si las *explicaciones* y las *denuncias* sirvieran de algo; o si hubiera impostura que denunciar o alucinación que explicar, no podría suceder eso, desde que hay multitud de hombres que han llegado a convenirse de la realidad de los fenómenos, pero que no han aceptado la teoría espiritual. Estos, al menos el mayor número de ellos, están en una posición de incertidumbre y malestar del ánimo, y acogerían con gusto cualquiera explicación, siempre que realmente explicase algo; pero no la encuentran. Mencionaré como ejemplo prominente de esta clase, al Dr. S. Lockharte Robertson, por largo tiempo editor del *Periódico de Ciencia Mental*, y médico que habiendo hecho de las enfermedades mentales su estudio especial, no sería fácilmente sorprendido y engañado por ningunas alucinaciones psicológicas. Los fenómenos que presencié hace 14 años eran de carácter violento: una mesa muy sólida fue, a solicitud de él y en su propia casa, hecha pedazos, mientras él tenía sujetas las manos del médium. Procuró en seguida romper uno de los pies que quedaba en la mesa, y a pesar de que empleó todas sus fuerzas, no pudo conseguirlo.

⁶ Literalmente "Puente de los asnos", hace referencia a la dificultad que se encuentra en una ciencia u otra cosa, y quita el ánimo para pasar adelante.

⁷ Fenómeno de escritura directa, véase *Libro de los Médiums* de A. Kardec (Cap. XIV, nº8 médiums neuromatógrafos).

Otra mesa fue volteada mientras todos los concurrentes estaban sentados en ella. Tuvo después una sesión con Mr. Home, y presencié los fenómenos que usualmente ocurren con este extraordinario médium, tales como el acordeón tocando *“la más admirable música sin la menos intervención humana”*, *“una mano vaporosa, que no era la de ningún individuo presente, levantando un lápiz y escribiendo con él”*, etc., etc.; y agrega que *“no puede tener más duda de las manifestaciones físicas del (pretendido) Espiritualismo, que de cualquier otro hecho; como la caída de una manzana al suelo, de los cual sus sentidos le dan testimonio”*. Su narración de estos fenómenos, con la confirmación de un amigo que se hallaba presente, está publicada en el *“Informe de la Sociedad Dialéctica, sobre el Espiritualismo”*, pág. 247; y en un meeting de espiritualistas en 1870, volvió a aseverar los fenómenos, pero negó su origen espiritual. Para semejante hombre las explicaciones del *“Revistador Trimestral”* no son de ningún valor; y sin embargo, se puede asegurar sin riesgo de exageración que cada espiritualista avanzado ha visto fenómenos más notables, más variados y aún más inexplicables que los aseverados por el Dr. Robertson; y está, por consiguiente, mucho más fuera que éste, del alcance de los argumentos a que hemos hecho referencia, y que sólo pueden servir en realidad para convencer a los que conocen muy poco o nada del asunto.

EVIDENCIA DE LOS HECHOS

El asunto de las pruebas de los fenómenos objetivos del Espiritualismo es tan vasto, que no será posible dar aquí más que unos pocos ejemplos característicos, calculados para manifestar cuán amplio es su alcance, y con cuanta energía dominan cada objeción presentada contra ellos por los individuos más escépticos. Quizás se consiga mejor este propósito dando desde luego un diseño de la carrera de dos o tres médiums bien conocidos; y en seguida una reseña de los experimentos e investigaciones de algunos de los hombres más notables convertidos al Espiritualismo.

Carrera de médiums notables. La señorita Catalina Fox, la niña de nueve años que como se dijo al principio, fue la primera *médium*, en el sentido moderno de la palabra, ha seguido poseyendo el mismo poder durante 26 años. Desde los primeros pasos del movimiento, escéptico tras escéptico y comité tras comité, se esforzaron por descubrir la treta; pero si treta había, esta niña los burló a todos, sin que de nada les sirviera la proverbial astucia yankee. En 1860, cuando el doctor Robert Chambers visitaba la América, sugirió a su amigo Robert Dale Owen, la idea de usar una balanza para medir un poder de elevación. En esta virtud y sin previo arreglo con la médium, llegó consigo una poderosa barra de acero, y suspendió de ella una mesa de comedor, que pesada 121 libras. Entonces, bajo una brillante luz de gas y estando los pies de las dos médiums (Miss Fox y su hermana) con los de los caballeros, y las manos de todos los circunstantes levantadas sobre la mesa pero sin tocarla, el peso de ésta aumentó o disminuyó según se pedía, de manera que una vez pesaba 60 libras y otra vez 134. Este experimento, téngase bien en presente, era idéntico a uno que propuso Mr. Faraday mismo, como prueba evidente y final. El señor Owen tuvo muchas sesiones con la señorita Fox, por vía de prueba, y las precauciones que tomó fueron extraordinarias. Sentábase solo con ella; cambiaba de cuarto sin aviso previo; examinaba cada mueble; cerraba con llave las puertas y las ajustaba con tiras de papel secretamente selladas; sujetaba las manos de la médium. En estas condiciones ocurrieron varios fenómenos, siendo el más notable la iluminación de un pedazo de papel (que había traído consigo, cortado en dimensiones peculiares y secretamente marcado) dejando ver una mano oscura que escribía en el piso. Levantóse en seguida por sí solo el papel a la mesa, teniendo una escritura legible en la cual se hacía una promesa que fue cumplida después.

Pero donde se mostraron de un modo más notable las facultades de la señorita Fox, fue en las sesiones con el señor Livermore, bien conocido banquero de Nueva York, y consumado escéptico antes de dar principio a estos experimentos. Las sesiones fueron más de trescientas y se extendieron a un periodo de más de cinco años; teniendo lugar en diferentes casas (por haberse mudado el señor L. y también la médium), y bajo condiciones de la más rígida precaución, el principal fenómeno fue la aparición tangible, visible y audible de la figura de la difunta esposa del señor Livermore, acompañada a veces por una figura masculina que pretendía ser el doctor Franklin. La primera, era con frecuencia en extremo definida y absolutamente como viva. Movi6 varios objetos en el cuarto y escribi6 mensajes en tarjetas. A veces era formada por una nube luminosa, y se desvanecía después a vista de los testigos. Permitió que se cortase un pedazo de su traje, el cual, aunque al principio era fuerte y de un tejido aparentemente material, de gasa, en poco tiempo se disolvía y se hacía invisible. También se recibieron flores que se desvanecían. Estos fenómenos ocurrían mejor cuando el señor Livermore y la médium se hallaban solos; pero dos testigos fueron admitidos en algunas ocasiones, quienes experimentaron todo y confirmaron el testimonio del señor Livermore, y el otro su cuñado, que era escéptico hasta entonces. Los detalles de esas asombrosas sesiones se publicaron en el *Repertorio Espiritual* en 1862 y 63; y las más notables se leen en el *Terreno Debatible* de Owen; obra por la cual se puede formar una buena idea de la gran variedad de fenómenos que ocurrieron y de la rigidez de las precauciones que se emplearon.

La señorita Fox vino hace poco a Inglaterra, y también aquí sus poderes han sido puestos a prueba por un competente hombre de ciencia⁽⁸⁾, y se ha encontrado que son todo lo que de ellos se ha expresado. Está ahora casada con un jurisconsulto inglés, y alguno de los extraños fenómenos que tanto tiempo la han acompañado, se asocian a su hijo infante, aun cuando la madre esté ausente, con no poca alarma de la nodriza. Tenemos, pues, aquí una carrera de 26 años de mediumnidad, del carácter más notable y variado; mediumnidad que ha sido escudriñada y probada desde la primera hora de su manifestación hasta hoy, con un resultado invariable, a saber: que jamás se ha descubierto impostura, o tentativa de impostura, y que jamás se ha sugerido causa alguna de explique estos fenómenos, excepto la que presentan los espiritualistas.

⁸ Seguramente Wallace haga referencia a los experimentos llevados a cabo por William Crookes con Catherine Fox.

El señor Daniel D. Home es quizás el médium mejor conocido en el mundo, y sus facultades han estado francas para todo examen, por 20 años a los menos. Hace 19 años que Sir David Brewster y Lord Brougham tuvieron con él una sesión; siendo esos dos caballeros bastante perspicaces y eminentes observadores, por supuesto, escépticos intransigentes. Afortunadamente tenemos en la *Vida doméstica de Sir David Browster* su propia narración de esa sesión tenida entonces; aunque seis meses más tarde en una carta al periódico *Morning Advertiser*, hizo esta contradictoria aseveración: -“Vi lo suficiente para convencerme de que todo se podía hacer con las manos y los pies”. Dice: “La mesa se levantó del piso sin que ninguna mano estuviese sobre ella; y una campanilla pequeña fue colocada con la boca sobre la alfombra, y se la oyó sonar cuando nada podía haberla tocado. La campanilla fue puesta entonces en el otro lado, siempre sobre la alfombra, y vino hacia mí y se colocó por sí sola en mi mano. Lo mismo hizo con Lord Broughman”. Y añade, hablando por ambos, “no pudimos hallar explicación de estos hechos, ni alcanzamos a conjeturar como se podrían producir por mecanismo de ninguna especie”. En boca del autor de *Cartas sobre la magia natural*, este testimonio no deja de ser bastante bueno.

Estos fenómenos y otros aún más maravillosos se han repetido hasta hoy muchos miles de veces, y casi siempre en casas particulares donde visita el señor Home. No hay quien no dé testimonio de que él ofrece las más amplias facilidades a la investigación; y yo mismo puedo atestiguar esto, habiendo sido invitado por él a examinar con cuanta escrupulosidad yo quisiera, un acordeón que él sostenía con una mano, con las llaves para abajo, y que en esta posición inversa tocaba con la mayor dulzura. -Pero acaso el fenómeno mejor comprobado y más extraordinario de los que se relacionan con la mediumnidad de Mr. Home, es el que se llama *la prueba de fuego*. En estado sonámbulo, toma de la parte más candente de un fuego bien encendido un ascua, y la lleva por todo el cuarto para que cada uno pueda ver y sentir que es un ascua verdadera. Esto está atestiguado por Mr. H. D. Jencken, Lord Lindsay, Lord Adare, Miss Douglas, Mr. S. C. Hall y otros muchos. Pero, cosa más extraordinaria todavía, él puede, mientras se halla en ese estado, descubrir en otro el mismo poder, o trasmitírselo. En una ocasión, un pedazo de carbón encendido fue puesto sobre la cabeza de Mr. S. C. Hall, en presencia de Lord Lindsay y de cuatro testigos. La señora Hall, en una carta al conde de Dunraven (publicada en el *Repertorio Espiritual*, 1870, pág. 178), dice:

“El señor Hall estaba sentado casi frente a mí, vi al señor Home, después de estar en pie como medio minuto atrás de la silla del señor Hall, colocar deliberadamente en la cabeza de éste ¡el trozo de carbón ardiendo! Muchas veces me he admirado de que en ese momento yo no hubiese tenido susto; pero no lo tuve: tenía perfecta fe en que él no sufriría ningún daño. Alguien dijo *¿no quema?* El señor Hall respondió: *es caliente, pero no demasiado*. El señor Home se había apartado un poco, pero se acercó de nuevo, todavía en estado de sonambulismo; se sonrió, pareció muy complacido y se puso a extender los blancos cabellos del señor Hall; arregló los cabellos como una especie de pirámide, y el carbón, rojo todavía, se dejaba ver debajo de ellos”.

Cuando se lo quitó de la cabeza, a la cual no había lastimado en lo más mínimo, ni aun tostado el cabello, otros quisieron tocarlo y se quemaron los dedos. Lord Lindsay y la señorita Douglas también, recibieron en sus manos carbones encendidos; y dicen haberlos sentido como si estuviesen más fríos que calientes; aunque al mismo tiempo quemaban a cualquiera otra persona, y hacían sentir tal calor a la cara del que los tenía, que si la hubiese acercado mucho le habría tostado la piel. Los mismos testigos certifican que el señor Home ha metido carbones inflamados en los bolsillos de su chaleco, sin que se tostase la tela, y ha puesto su cara encima del fuego, de modo que tenía los cabellos entre las llamas, sin que se tostaran en lo más mínimo. Se puede dar transitoriamente a los objetos inanimados el mismo poder de resistir al fuego. El señor H. Nisbet, de Glasgow, asegura (*Naturaleza Humana*, Febrero 1870) que en su propia casa, en Enero de 1870, puso el señor Home un carbón encendido en las manos de una señora y en las de un caballero, y sólo lo sintieron caliente; puso en seguida el mismo carbón sobre un periódico, y lo quemó dejando un agujero en las ocho dobleces que tenía. Tomó entonces un nuevo carbón encendido y lo colocó sobre el mismo periódico, lo paseó por todo el cuarto durante tres minutos, y esta vez se vio que el papel no se había quemado en lo más mínimo. Lord Lindsay, y su testimonio no puede dejar de tener algún valor, siendo uno de los pocos nobles que hacen trabajos realmente científicos, declara además que en ocho sesiones ha tenido carbones incandescentes puesto en su propia mano por el señor Home, sin sufrir lesión alguna. El señor W. H. Harrison (*Espiritualista*, de Marzo 15, 1870) lo vio tomar un gran carbón que le cubría toda la palma de la mano y tenía seis o siete pulgadas de alto. Mientras lo llevaba por el cuarto, se reflejaba su rojizo resplandor en las paredes, y cuando se acercó a la mesa, todos los presentes sintieron su calor en la cara. Tuvo ese carbón en la mano cinco minutos. Estos fenómenos se han sucedido ya veintenas de veces en presencia de veintenas de testigos. Son hechos de cuya realidad

no puede caber duda, y son absolutamente inexplicables por las leyes conocidas de la fisiología y del calórico.

Los poderes del señor Home han sido puestos a prueba por el señor Cox y el señor Crookes, separadamente, y ambos caballeros declaran enfáticamente que él invita al examen y a la crítica. El señor Cox en su casa, oyó un acordeón nuevo (comprado por él mismo ese día) tocar solo, en su propia mano, mientras el señor Home tocaba el piano. El señor Home tomó en seguida el acordeón en su mano izquierda, con las llaves para abajo, mientras tocaba el piano con su mano derecha, y *el acordeón tocó bellísimamente el acompañamiento al piano, por no menos de un cuarto de hora.* (¿Qué soy? vol. II, pág. 388)

En cuanto a la posibilidad de que estos hechos sean producidos artificialmente o por medio de tretas, si fuese menester más prueba que la simple narración de ellos, tenemos lo siguiente, del señor T. Adolf Trollope, quien dice: “Puedo mencionar también que Bosco, uno de los más grandes prestidigitadores que jamás hayan existido, hablando conmigo sobre este asunto, consideró completamente absurda la idea de que fenómenos como los que yo había visto producir al señor Home, pudiesen ser obtenidos por ninguno de los recursos del arte”.

La vida del señor Home ha sido en gran parte una vida pública. Ha pasado mucho de su tiempo como huésped en casas de gentes de rango y de talento, y cuenta entre sus amigos muchos hombres eminentes en las ciencias, la literatura y las artes, hombres que en cuanto a poder de percepción y de raciocinio, ciertamente no son inferiores a aquellos que, sin haber presenciado los fenómenos, se niegan a creer su realidad. Ha estado sujeto durante 20 años al perspicaz escrutinio y a la incesante sospecha de innumerables investigadores; y sin embargo, jamás se ha podido encontrar prueba alguna de engaño, ni de haberse usado una sola partícula de maquinaria o de aparato alguno. Pero los fenómenos son tan estupendos, que a ser imposturas, no se podrían producir sino con ayuda de la maquinaria más complicada, variada y voluminosa, cuyo manejo exigiría no pocos brazos auxiliares. La teoría que no ve en esos fenómenos sino alucinaciones, es igualmente insostenible, a no ser que se admita como un hecho la completa imposibilidad de discernir lo que es ilusorio de lo que es real.

El último médium sobre cuya carrera llamaré la atención, es la señora Guppy –antes señorita Nichol–, y en este caso puedo dar algún testimonio personal. Conocí a la señorita Nichol antes de que ella hubiese oído hablar

de espiritualismo, de mesas parlantes o de cosa alguna de esta especie, y la primera vez que se vino a descubrir su poder, fue cuando le pedimos que se sentara para hacer experimentos en mi casa. Esto fue en Noviembre de 1868, y durante algunos meses tuvimos constantemente sesiones, y pude observar y probar el progreso de su desarrollo. Principié por satisfacerme de que una mesita sobre la cual tres o cuatro personas – incluyendo a la señorita Nichol– tenían puestas las manos, se levantó completamente fuera del piso. Para mayor seguridad de que no sería levantada por alguien con los pies, había yo atado ocultamente hilos y tiras de papel en extremo delgadas que, indudablemente, se habrían roto al primer esfuerzo que se hubiese hecho para emplear aquella treta. La mesa se levantó, sin embargo, en plena luz del día, a no menos de una tercia del piso. A fin de mostrar esto a algunos amigos de un modo más claro, hice un cilindro de aros y con papel de estraza, y puse la mesa dentro de él, de manera que no podían tocarlas los pies ni los vestidos de los que allí estábamos; y se levantó tan libremente como antes. Quizás es más maravilloso el haber sido colocada la señorita Nichol sobre la mesa; pues aunque esto sucedió en la oscuridad, las condiciones que se van a referir hacían imposible todo engaño.

Referiré una sesión de la cual conservo notas. Nos sentamos en casa de un amigo, alrededor de una mesa de centro y bajo un candelabro de cristal. Uno de mis amigos, que no conocía a ninguno de los presentes, se sentó junto a la señorita Nichol y le sujetó ambas manos. Otra persona tenía listos los fósforos para encender la luz en el instante que se necesitase. Sucedió lo siguiente: primero la silla de la señorita Nichol fue retirada de debajo de ella, viéndose obligada a quedar en pie, y con sus manos todavía sujetas por las de mi amigo. En uno o dos minutos más oí un sonido leve, como el que causaría una persona al poner una copa de vino en la mesa, y al mismo tiempo un ligero rumor de vestidos y el estremecimiento de los prismas de cristal pendientes del candelabro. Inmediatamente mi amigo dijo: *se me ha ido*. Se encendió en el acto una luz, y hallamos a la señorita Nichol tranquilamente sentada en su silla en el centro de la mesa, y tocando apenas con su cabeza el candelabro. Mi amigo dijo que le pareció que la señorita Nichol se había deslizado insensiblemente de sus manos. Era muy gruesa y pesada, y el hecho de poner su silla sobre la mesa, colocarse ella misma en el asiento, en medio de la oscuridad, sin ruido, y casi instantáneamente y estando rodeada, muy de cerca, por cinco o seis personas, me pareció y me parece aún conociéndola perfectamente, un imposible físico.

Otro fenómeno muy bello y curioso fue la producción de delicados sonidos musicales, sin que hubiese en la habitación objeto alguno calculado para producirlos. En una ocasión estuvo presente una señora alemana que nunca había visto a la señorita Nichol, y que jamás había asistido a ninguna sesión. Entonó varias canciones alemanas, y en todas fue acompañada por la más delicada música, como si alguna caja musical de las hadas se hubiese encontrado allí. Cantó como seis canciones escogidas por ella misma, y obtuvo ese acompañamiento en cada una. Esto pasaba en la oscuridad, pero en esos momentos estábamos asidos de las manos.

El rasgo más notable de la mediumnidad de esta señora, es la aparición de flores y frutas en habitaciones cerradas. La primera vez que sucedió esto fue en mi propia casa, muy al principio de su desarrollo. Todos los circunstantes eran amigos míos. Siendo pleno invierno, la señorita Nichol había venido temprano al té, y había estado con nosotros en una habitación muy abrigada y alumbrada por gas, cuatro horas antes de la aparición de las flores. El hecho esencial es que sobre una mesa desnuda en un cuartito cerrado y oscuro (el cuarto inmediato y el pasadizo estaban bien iluminados) apareció una cantidad de flores, que no estaban allí pocos minutos antes, cuando habíamos apagado el gas. Eran anémonas, tulipanes, crisantemos, rosas chinas, etc. Todas estaban perfectamente frescas, como si se acabasen de sacar de un conservatorio. Estaban cubiertas de un rocío frío y menudo. Ni un solo pétalo se había roto o ajado, ni estaba fuera de lugar el más delicado estambre ni la más fina fibra. Las sequé y conservé todas, y les he adjuntado la declaración de todos los presentes, de no haber tenido participación alguna voluntaria en traer esas flores a la habitación. Creía entonces y creo todavía, que era absolutamente imposible para la señorita Nichol el haberlas ocultado tanto tiempo, haberlas conservado tan perfectas, sobre todo, y haberlas presentado enteramente cubiertas por una bellísima capa de rocío, precisamente igual a la que se forma en un día muy caluroso en las paredes exteriores de un vaso lleno de agua muy fría.

Fenómenos semejantes han sucedido después centenares de veces en muchas casas y bajo varias condiciones. Algunas veces, las flores han sido en grandes cantidades amontonadas sobre una mesa. A menudo han aparecido las flores o frutas que se pedían. Uno de mis amigos pidió una "flor del sol", y cayó sobre la mesa una de seis pies de alto y cuyas raíces estaban rodeadas de gran cantidad de tierra. Una de las más sorprendentes pruebas tuvo lugar en Florencia, con el señor T. Adolf Tropolle, la señorita Tropolle, la señorita Blahden y el coronel Harvey. El cuarto fue regis-

trado por los caballeros: la señorita Guppy fue desnudada y vuelta a vestir por las señoras, y se examinó cada parte de sus vestidos. El señor y la señora Guppy fueron sólidamente sujetos, mientras estaban junto a la mesa. Como diez minutos después, todos dijeron que sentían olor de flores y, encendiendo una bujía, se encontró que los brazos de la señora Guppy y los del señor Tropolle estaban cubiertos de junquillos que llenaban el cuarto con su perfume.

Tanto el señor Guppy como el señor Tropolle refieren esto casi en los mismos términos. (*Informe de la Sociedad Dialéctica sobre Espiritualismo*, pág. 277 y 372).

Ciertamente estos son fenómenos acerca de los cuales no puede haber equivocación. ¿Qué teorías han sido nunca presentadas por nuestros maestros científicos, que hayan siquiera intentado explicarlos? Ilusión no puede ser, desde que las flores son reales y puede ser conservadas; y una impostura, dadas las condiciones que se han descrito, es todavía menos creíble. Si los caballeros que han salido al frente para ilustrar al público en el asunto de las *pretendidas manifestaciones espirituales*, no conocen las diversas clases de fenómenos que llevamos indicados, y el peso del testimonio que los apoya; sin duda no están en todas las condiciones de aptitud que requiere la tarea que han emprendido. Ni puedo admitir por un instante el supuesto de que, conociendo estos fenómenos, ocultan este conocimiento y solo presentan trivialidades fáciles de poner en ridículo.

Bueno es, antes de concluir esta parte de nuestro estudio, hacer notar el hecho de la marcada individualidad de cada médium. No son plagarios ni imitadores uno del otro, sino que cada uno desarrolla una serie característica de fenómenos. Este hecho habla altamente, sugiriendo la idea de algún oculto poder inconsciente en el individuo, y excluyendo por completo la idea de impostura o de alucinación, las cuales casi invariablemente copian modelos preexistentes.

INVESTIGACIONES POR ALGUNOS ESCÉPTICOS NOTABLES

Al dar cuenta del modo como fueron convencidos algunos de los convertidos más notables al Espiritualismo, tenemos naturalmente que limitarnos a aquellos que han hablado al público sobre ello. Me ocuparé primero del caso del eminente abogado americano, honorable señor W. Edmonds, llamado comúnmente el juez Edmonds; y no será de más que los escépticos sepa lo que de él piensan sus compatriotas. Cuando se hizo espiritualista, fue violentamente atacado, y aun se llegó a acusarlo de consultar a los espíritus para sus decisiones judiciales. Publicó en su defensa una *Apelación al público*, dando una cuenta cabal de las investigaciones que motivaron su conversión.

Tratando de esta defensa, dijo al *Espejo de la Tarde*, periódico de Nueva York: “George W. Edmonds, presidente de la Corte Suprema de este distrito judicial, es un abogado competente, un juez laborioso y un buen ciudadano. Ocupando los más elevados puestos judiciales durante los últimos ocho años, sin interrupción, nadie puede acusarlo con justicia, cualquiera que sean sus faltas, de escasez de habilidad, laboriosidad, honradez o independencia. Nadie puede dudar de la sanidad general de su mente, o creer por un momento que las operaciones ordinarias de su pensamiento no son tan rápidas, seguras y dignas de confianza como siempre. Tanto los hombres del foro como los litigantes que acuden a su Corte, lo reconocen de hecho y por derecho de mérito, como la cabeza de la Corte Suprema de este distrito”. Pocos años más tarde publicó en *The New York Tribune* una serie de cartas sobre el Espiritualismo; y en la primera de ellas da un resumen compacto de su modo de investigación. De ella son extractados los pasajes que siguen. Y téngase presente que cuando principió a investigar en este sentido, tenía 52 años de edad y se hallaba, por consiguiente, en todo el desarrollo y vigor de la vida intelectual.

“Fue en enero de 1851 cuando di principio a mi investigación, y sólo en abril de 1853 vine a creer firmemente en la realidad de la comunicación espiritual. De estos 27 meses, presencié durante 23, algunos centenares de manifestaciones en diversas formas. De muchos de ellos conservé memorándums muy detallados y cuidadosos. Mi costumbre era, siempre que concurría a algún círculo, hacer con lápiz un apunte de todo lo que ocurría, hasta donde me era posible, y tan luego como volvía a mi casa escribía detalladamente lo que había presenciado. Hacía esto con tanta minuciosidad y escrupulosidad, como las que he podido emplear en los apuntes de cualquier juicio pendiente ante mí. De este modo, en el curso de ese tiempo,

conservé la narración de más de 200 entrevistas, que llevaban unas 1.600 páginas manuscritas. Tuve esas entrevistas con muchos médiums diferentes y bajo una ilimitada variedad de circunstancias. No había dos entrevistas parecidas. Siempre había alguna cosa nueva, o algo diferente de lo que había ocurrido antes, y muy raras veces las personas presentes eran todas las mismas. Las manifestaciones eran de casi cada forma conocida, física o mental: a veces de una sola, a veces de ambas combinadas.

Eché mano de cuanto recurso puede imaginarse para descubrir si había impostura, y para precaverme de alucinación. Sentía en mí mismo, y veía en otros, cuánta excitación producía la idea de comunicarse con los muertos, y trabajé por evitar cualquiera indebida predisposición o parcialidad en mi juicio. Fui a veces crítico y capcioso hasta un grado injustificable; y cuando la creencia era provocada en mí, como lo fue muchas veces, rehusé ceder a todo lo que no fuese una evidencia que no dejase lugar posible a la cavilación.

Era en extremo exigente en las condiciones que demandaba: y sucedía a menudo que yendo a un círculo con alguna duda interior respecto de las manifestaciones de algún círculo anterior, sucedía algo que era encaminado directamente a destruir esa duda, y la disipaba tan completamente, que parecía entonces que ya no tenía motivo para dudar más tiempo. Pero volvía a mi casa, escribía cuidadosamente mis apuntes de la noche, los meditaba por varios días, los comparaba con apuntes anteriores, en fin encontraba algún resquicio, alguna posibilidad de que hubiera algo que no fuese influjo espiritual; y en seguida iba al nuevo círculo con una nueva duda y una nueva serie de investigaciones.

Algunas veces no puedo menos que recordar ahora sonriéndome, la ingeniosidad y sutileza que desperdiicé en inventar medios y maneras para evitar la posibilidad de engaño.

Un rasgo característico de mis investigaciones era que cada objeción posible que yo alcanzara a presentar, ya al principio o al fin, era considerada y respondida.”

Los extractos siguientes son de la *Apelación al público*:

“He visto una mesa caoba con un pie en el centro y teniendo encima una lámpara encendida, levantarse del piso no menos de una tercia, a pesar de los esfuerzos de los circunstantes, y ser sacudida hacia atrás y hacia adelante, como pudiera uno sacudir un vaso en su mano, y no obstante esto conservar la lámpara su posición, aunque sonaban sus prismas pendientes de vidrio.

He visto una silla de caoba echada sobre un costado y rápidamente movida en el piso de atrás adelante y viceversa, en una habitación donde había no menos de una docena de personas sentadas, y sin embargo no tocó a nadie; y muchas veces fue detenida a pocas pulgadas de distancia de mí, cuando venía con tal violencia que, a no detenerse, me habría roto las piernas.”

Habiéndose satisfecho de la realidad de los fenómenos físicos, examinó la cuestión “¿de dónde viene la inteligencia tan notablemente ligada con ellos?”

“Antes de concurrir a un círculo, me he sentado a solas en mi cuarto, y he preparado cuidadosamente una serie de cuestiones que proponer, y he quedado sorprendido al hallar respondidas todas mis cuestiones precisamente en el mismo orden en que las había escrito, sin siquiera sacar yo mi memorándum del bolsillo, y cuando ninguna de las personas presentes sabía que yo hubiese preparado cuestiones, ni mucho menos cuáles eran éstas. Mis más secretos pensamientos, aquellos de que jamás había dicho una sola palabra a hombre o mujer mortales, han sido libremente aludidos como si yo los hubiese expresado; y se me ha advertido de que no hay pensamiento en mí que no sea conocido y no pueda ser revelado por la inteligencia que así se estaba manifestando.

Ocurría, sin embargo, esta duda: *¿no podrá ser todo esto el mero reflejo de la mente de alguno de los circunstantes, producido por alguna misteriosa operación?* La respuesta fue que se habían comunicado hechos no conocidos entonces, y que después se había encontrado que eran verdaderos; como, por ejemplo, el que sigue: -Cuando estuve ausente en Centro América, durante el invierno último, mis amigos de aquí recibieron medianímicamente noticias de mi paradero y de mi salud, en varias ocasiones; y a mi regreso, comparando sus noticias con los apuntes de mi diario, se encontró que eran invariablemente correctas. Se han expresado también pensamientos que no estaban en mi mente y que diferían de mis propias ideas del modo más completo. Esto ha sucedido con frecuencia a mí y a otros; de manera que se estableciese plenamente el hecho de que no eran nuestros pensamientos los que producían o afectaban la comunicación”.

Estos pocos extractos manifiestan suficientemente, que el autor no perdía de vistas las fuentes posibles de error en semejante investigación; y los pormenores dados en las cartas, prueban que se mantenía constantemente en guarda contra aquéllas. Él y su hija llegaron a ser médiums; de modo que obtuvo después personalmente y por sí solo la confirmación de muchos de los fenómenos. Pero todos los que menciona en las cartas y en la Apelación, le sucedieron en presencia de otras personas, que también dieron testimonio de ellos, dejando así anulada la posibilidad de que esos fenómenos fuesen subjetivos.

Tenemos que añadir todavía la mención de los que, para muchas personas, será el más sorprendente y convincente de los experimentos del juez. Su propia hija llegó a ser médium dotada de la facultad de hablar idiomas extranjeros que ignoraba completamente. Dice él: “No conoce otros idiomas que el suyo, y un poquito del francés que se estila en escuelas de niñas: no obstante, ha hablado nueve o diez idiomas, a veces por

una hora seguida, con la facilidad y abundancia de un natural de los países que hablan esos idiomas. No pocas veces sucede, que extranjeros conversan por medio de ella con los espíritus amigos, en la lengua de aquéllos". Debemos presentar uno de estos casos:

“Una noche, habiendo en mi sala unas doce o quince personas, el señor E. D. Green, artista de esta ciudad, fue anunciado junto con un caballero a quien presentó bajo el nombre de Mr. Evangelides de Grecia. A poco un espíritu le habló en inglés, por medio de Laura, y le dijo tantas cosas, que pudo identificarlo como a un amigo suyo muerto en su casa pocos años antes; pero del cual ninguno de nosotros había oído hablar nunca. De vez en cuando el espíritu hablaba por boca de Laura una palabra o frase en griego, hasta que el señor Evangelides preguntó si se le entendería hablando griego. El resto de la conversación fue, por más de una hora, toda en griego por parte de él; y por parte de Laura, unas veces en griego y otras en inglés. A veces Laura no entendía la idea expresada por ella misma o por él; y a veces la entendía, aunque él hablaba en griego, y entendía también lo que decía ella en el mismo idioma”⁽⁹⁾.

Se mencionan varios otros casos, y se asegura que esta señora ha hablado español, francés, inglés, griego, italiano, portugués, latín, húngaro e indio, fuera de otros idiomas que no entendía ninguna de las personas presentes.

Esto no es, por cierto, un caso único; pero se le presenta aquí por estar apoyado en autoridad irrecusable. Un hombre tiene que saber si su propia hija ha aprendido o no a hablar con facilidad y corrección ocho idiomas diferentes, fuera del suyo propio. Los interlocutores tienen que saber si su idioma es o no el que se les ha hablado; y en muchos casos, como en el del latín, el español y el indio, el juez mismo entendía el idioma. Y el fenómeno se liga al Espiritualismo en cuanto las expresiones habladas lo eran en nombre de alguna persona muerta; se usaban siempre en 1ª persona, como si hablase ella misma, y trataban de asuntos característicos de esa persona. Un caso de esta naturaleza, publicado desde hace 16 años, debía haber sido tomado en consideración y explicado por aquellos que hacen profesión de ilustrar al público sobre el tema del Espiritualismo.

Uno de los más recientes convertidos al Espiritualismo, pero al mismo tiempo uno de los más útiles, será el próximo ejemplo. El doctor George Sexton, médico y abogado, fue por muchos años coadjutor de Mr. Bradlaugh, y uno de los más solícitos y enérgicos maestros secularistas. El afamado Robert Owen fue el primero que llamó su atención sobre el Espi-

⁹ La traducción es un tanto confusa en este párrafo, seguramente quiera decirse que la médium Laura, se comunicaba en griego (fenómeno de xenoglosia) con el señor Evangelides, presente en la sala.

ritualismo, hace cosa de 20 años. Leyó libros, vio una buena parte de las manifestaciones físicas ordinarias; pero siempre “sospechó que los médiums usaban tretas, y que todo aquello no era más que una hábil combinación por medio de alguna maquinaria oculta”. Dio varias conferencias contra el Espiritualismo, en el estilo usual de los anti-creyentes, insistiendo mucho en lo trivial y absurdo de los fenómenos y ridiculizando la idea de que fuesen obra de los espíritus.

Vino entonces otro amigo suyo y compañero secularista, señor Turley, quien, después de investigar el asunto con el propósito de desenmascararlo, acabó por ser un firme creyente. El doctor Sexton se rió de esta conversión que, sin embargo, dejó en su mente una impresión profunda. Pasaron diez años, y su primera investigación seria fue entonces con los hermanos Davenport; y no será demás para aquellos que desdeñan a estos muy ultrajados jóvenes, tomar nota de la siguiente narración de los procedimientos seguidos con ellos por el doctor Sexton, y muy en especial del hecho de haberse sometido ellos con la mejor voluntad a cada una de las pruebas y precauciones que el doctor quiso seguir –Dice:

“Mi socio –el doctor Barker– y yo, invitamos a nuestras casas a los hermanos, y a fin de precavernos de toda treta, les exigimos que no trajeran sogas, instrumentos, ni otros aparatos: habíamos resuelto suministrarlos nosotros mismos. Además, como ellos eran cuatro, esto es, los dos hermanos Davenport, el doctor Fay y el doctor Ferguson; sospechamos que los dos que no eran citados pudiesen ser en realidad, los que lo hicieran todo. Pedimos, por consiguiente, que sólo viniesen dos. Se sometieron sin vacilación a estas exigencias.

Formamos círculos compuestos exclusivamente por miembros de nuestra familia y por unos pocos amigos particulares, a excepción únicamente de la señora Fay. En el círculo juntamos todas las manos; y como esta señora estaba sentada en un extremo, le quedaba libre una mano, mientras yo tenía la otra. Pensando que con la mano libre podría quizás ayudar ella, le pedí como un favor que me permitiera tenerle las dos manos; a lo cual accedió inmediatamente.

Ahora, sin entrar a exponer aquí todo lo que ocurrió, basta decir que atamos a los médiums con nuestras propias sogas; colocamos sus pies sobre hojas de papel de escribir, y trazamos líneas alrededor de la planta de su calzado, de modo que en el caso de que moviesen los pies, fuese imposible que los volvieran a poner en la misma posición; pusimos monedas sobre la punta de sus pies; sellamos las sogas, y tomamos todas las precauciones posibles para evitar que se moviesen. En la ocasión que estoy mencionando, se hallaban presentes el señor Bradlaugh y el señor Charles Watts; y cuando hubo sido quitado la levita al señor Fay, mientras las sogas permanecían en sus manos, el señor Bradlaugh pidió que su levita⁽¹⁰⁾ fuese pues-

¹⁰ La levita era una especie de chaqueta de traje muy de uso en el siglo XIX.

ta al señor Fay, cosa que fue hecha inmediatamente mientras permanecían ajustadas las sogas. Obtuvimos en esta ocasión todos los fenómenos que ocurren habitualmente en presencia de estos extraordinarios hombres, y de cuyos pormenores me ocuparé probablemente en otra ocasión. El doctor Barker se convirtió al Espiritualismo desde el tiempo en que los hermanos visitaron su casa. No vi dar prueba alguna de que espíritus incorpóreos tuviesen parte en la producción de los fenómenos: pero estaba convencido de que no se había jugado ninguna treta, por consiguiente, estas extraordinarias manifestaciones naturales físicas eran resultado de alguna oculta fuerza de la naturaleza, que en el presente estado de mis conocimientos no podía yo explicar por medio alguno. Llegaban ahora a ser claros para mí todos los fenómenos físicos que había presenciado antes: no eran producidos por tretas, como ya lo había supuesto; sino que eran resultado de alguna ley natural no descubierta aún, y en el descubrimiento de la cual los hombres de ciencia deberían emplear sus más vigorosos esfuerzos.”

Mientras él se mantenía en esta actitud, los espiritualistas le preguntaban frecuentemente “¿cómo explica la inteligencia que se había manifestado?” y respondía invariablemente que “no había visto todavía pruebas de otra inteligencia que la que pudiera provenir del médium o de alguna otra personas en el círculo”; añadiendo que “tan luego como viese pruebas de tal inteligencia, se haría espiritualista”. En esta condición permaneció muchos años hasta que llegó naturalmente a creer que nunca vería causa para variar de opinión. Continuó, sin embargo, su investigación, y en 1865 principió a tener sesiones en su casa; pero pasaron años antes de que ocurriesen fenómenos mentales absolutamente concluyentes, aunque a menudo los había de tan sorprendente carácter, que habrían convencido a cualquier otro menos escéptico. Al fin, después de quince años de escepticismo ilustrado —escepticismo no fundado en la ignorancia, pero que rehusaba avanzar un solo paso más allá de lo que los hechos tan laboriosamente observados demostraban de un modo absoluto;— se presentó la evidencia que se deseaba.

“Las pruebas que finalmente recibí son, muchas de ellas, de tal carácter, que no puedo describirlas minuciosamente a una audiencia pública, ni siquiera tengo tiempo para ello. Baste decir que en mi propia casa y a falta de todo médium, excepto aquellos miembros de mi propia familia en quienes se había desarrollado el poder de mediumnidad, obtuve evidencia de carácter irresistible, de que las comunicaciones venían de parientes y amigos, todos muertos. Una y otra vez se desplegó una inteligencia que no podía tener otro origen que el que pretendía. Hízose mención de hechos de que nadie en el círculo tenía conocimiento, a fin de que se verificasen después. De cien modos diferentes se probó la identidad de los espíritus que se comunicaban. Los mismos seres alados que habíamos dejado en la tumba, se hicieron palpables al tacto y a la vista; y la doctrina de la comunicación espiritual fue probada fuera del alcance de toda sombra de duda. No tardé en encontrarme en la posición del doctor Fenwick en el *Extraño cuento* de Lord Lytton. ¿Creéis, preguntó la sirvienta Margrave, en lo que es-

táis buscando? – No anticipo la creencia, fue la respuesta. La verdadera ciencia interroga todas las cosas, y no toma ninguna a crédito. Ella no conoce sino tres estados de la mente: negación, afirmación y el vasto intervalo entre las dos, que no es creencia sino suspensión de juicio”. Esto describe exactamente las fases por las que ha pasado mi propia mente.”

Desde que el doctor Sexton se ha hecho espiritualista, ha sido un abogado tan enérgico de sus verdades, como antes lo había sido de las negociaciones del secularismo. Su experiencia y habilidad como orador público, y su largo estudio de cada forma de manifestaciones, hacen de él uno de los más valiosos promulgadores de sus enseñanzas. También ha prestado excelentes servicios exponiendo que hay de real en las pretensiones de aquellos evocadores que pretenden desenmascarar al Espiritualismo. Desempeña esta labor del modo más práctico; no sólo explicando de qué manera se hacen esas pretendidas imitaciones de las manifestaciones espirituales, sino haciéndolas él mismo a la vista de su auditorio, y señalando al mismo tiempo las diferencias entre lo que hacen esas gentes y lo que ocurren en las buenas sesiones espiritualistas. Quien quiera comprender el modo como el doctor Lynn, los señores Maskeline y Cook, y Her Dobler hacen algunas de sus más curiosas pruebas, no necesita más que leer, antes de concurrir a sus funciones, el escrito titulado: *Los médiums Espiritualistas y los evocadores*. Difícilmente podemos creer que el hombre que hace esto y que durante quince años de observaciones y experimentos se mantuvo contra la teoría espiritualista, sea uno de aquellos que, según nos dice Lord Amberley, “caen víctimas de los fraudes más palpables, y son embaucados por juglares del género más vulgar”; o que, según el elevado punto de vista científico del profesor Tyndall, están en una disposición de ánimo ante la cual la conciencia es de todo punto impotente, “alucinados cuya obcecación es inaccesible a toda prueba; que gustan de creer y no gustan que se les saque del error”. Valientes palabras parecen, pero dejamos al lector juzgue si sientan muy bien en la boca de hombres que sólo tienen el más frágil e inadecuado conocimiento del asunto que critican, y ni la más remota idea de las muy prologadas y conienzudas investigaciones de muchos a quienes comprende su irreflexiva animadversión.

Todavía un testigo más de estos maravillosos fenómenos, un experto y veterano físico, que ha hecho los experimentos en su propio laboratorio, y ha aplicado pruebas y medidas del carácter más rígido y concluyente. Cuando Mr. Crookes, miembro de la *Sociedad real* y descubridor del metal

thallium,⁽¹¹⁾ anunció al principio, que iba a investigar los pretendidos fenómenos espirituales, muchos escritores públicos fueron en sus escritos pura aprobación; porque de tiempo atrás existía la queja de que los médiums no permitían a los hombres de ciencia examinar los hechos escrupulosamente. Uno de esos escritores expresó “profunda satisfacción de que el asunto estuviese a punto de ser examinado por un hombre tan competente”: otro estaba “complacido de saber que el asunto estaba recibiendo atención de hombres de mente imparcial y despejada, y de reconocida posición en la ciencia”; mientras un tercero declaraba que “nadie podía dudar de la aptitud de Mr. Crookes para dirigir la investigación con rígida imparcialidad filosófica”. Pero evidentemente estas expresiones no eran sinceras, y sólo se intentaba que tuviesen validez en el caso de que el resultado correspondiese a las nociones del escritor sobre lo que éste debía ser. Se daba por supuesto que “una investigación científica” daría en tierra con todo. ¿No había dado en tierra el profesor Faraday con las mesas giratorias? Saludaron a Mr. Crookes como al Daniel venido para el juicio, como al profeta que maldeciría a su enemigo el Espiritualismo, descubriendo la ilusión y la impostura. Pero cuando el juez, después de un paciente examen que duró algunos años, decidió contra ellos; y cuando su bendecido profeta aceptó la cosa abominada reconociéndola como una verdad incuestionable, cambiaron de tono; y principiaron a sospechar de la idoneidad del juez, y a buscar lacras en la evidencia en que había fundado su juicio.

Por el último papel publicado de Mr. Crookes publicado en el *Periódico Trimestral de Ciencias*, de Enero próximo pasado, sabemos que ha proseguido la investigación durante cuatro años; y además de atender a sesiones en otras partes, ha tenido oportunidad de hacer numerosos experimentos en su propia casa con los dos notables médiums ya mencionados, el señor D. D. Home y la señorita Catalina Fox. Estos experimentos eran casi exclusivamente hechos en plena luz, bajo condiciones arregladas por él mismo, y con sus propios amigos como testigos. Fenómenos tales como sonidos percusivos; alteración del peso de los cuerpos; elevación de cuerpos pesados en el aire sin contacto de ninguna persona; elevación de cuerpos humanos; apariciones luminosas de varias clases; escritura directa por una mano luminosa, o por el lápiz solo; formas y rostros fantásticos; así como diversos fenómenos mentales, han sido probados tan frecuentemente y en tal diversidad de maneras, que el señor Crookes está plena-

¹¹ William Crookes (1832-1919) descubrió el talio. Es uno de los científicos más prestigiosos de finales del siglo XIX, entre otras cosas creó también el tubo de Crookes, antecedente directo de los tubos catódicos que se utilizaban en las televisiones anteriores a la era digital.

mente satisfecho de la realidad objetiva de ellos. Estos fenómenos están bosquejados en el escrito a que nos hemos referido, y serán descritos detalladamente en un todo que se está preparando.⁽¹²⁾

No faltaré, pues, a mis lectores repitiéndoles aquí; pero observaré que estos experimentos, como prueba y evidencia, tienen un peso mucho mayor del que se les debería reconocer si sólo descansaran en el testimonio de cualquier hombre de ciencia, por muy distinguido que fuera; porque son, casi sin excepción, confirmaciones de los que innumerables testigos anteriores han atestiguado en diversos lugares y variadas condiciones, durante los últimos 20 años. En toda investigación experimental, sin excepción alguna, la confirmación de los hechos aseverados por un observador anterior, se considera añadir tanto al valor de ellos, que nadie los trata con la misma incredulidad que si los oyera por primera vez. Y cuando la confirmación se ha repetido por tres o cuatro observadores independientes, en circunstancias favorables, y no hay contra ellos nada más que teoría o evidencia negativa, los hechos son admitidos, provisionalmente, al menos, hasta que sean refutados por pruebas de mayor peso que las que los apoyan, o por haberse descubierto la causa exacta del error de los observadores precedentes.

Pero en el caso actual se sigue una línea de conducta que no puede ser más contraria a la razón y a la filosofía. —Cada nueva observación confirmatoria de una evidencia anterior, es tratada como si fuera presentada *por primera vez*, y se pide una nueva confirmación para ella. Y cuando viene la nueva e independiente confirmación, se exige todavía una confirmación para ésta, y así hasta el infinito.

Este es un excelente modo de no reconocer y de ahogar cualquiera nueva verdad; pero es tal la ubicuidad con que ocurren los hechos del Espiritualismo, y su índole es tan indisputable, que todo investigador sincero se ve compelido a la convicción. Por esto sucede que aunque cada nuevo convertido no ha prestado su asentimiento sino cuando ha visto producirse una buena parte de la serie de hechos demostrativos, el número de estos neófitos ha ido aumentando constantemente en un cuarto de siglo. Sacerdotes de todas las sectas, literatos y abogados, gran número de médicos, no pocos hombres de ciencia, secularistas, escépticos filosóficos, materialistas puros, todos se han convertido merced a la abrumadora lógica de los fenómenos que les ha presentado el Espiritismo. ¿Y qué *tenemos por contra*? Ni la ciencia ni la filosofía, ni el escepticismo ni sectarismo re-

¹² Seguramente Wallace se refiera a la obra de Crookes *Nuevos experimentos sobre fuerza psíquica*.

ligioso, ¡han conseguido en todo este cuarto de siglo convertir a uno solo de los creyentes del Espiritualismo!

En este caso, y apreciando en todo su valor el caudal de sinceridad, lealtad y conocimientos del asunto, desplegado por sus antagonistas: ¿es de admirar que gran parte de los espiritualistas sean ahora profundamente indiferentes a la opinión de los hombres de ciencia, y no quieran darse la pena de desviarse un solo paso de su camino para convencerlos? Ellos dicen que el movimiento está progresando con suficiente rapidez; que se está difundiendo en fuerza de su verdad intrínseca, e infiltrándose y saturando lentamente todas las clases de la sociedad. Ha prosperado a despecho del insulto y la persecución, del ridículo y del argumento, y continuará prosperando, sea que lo confirmen grandes nombres, o no. Los hombres de ciencia, como todos los demás, son bienvenidos en sus filas; pero deben satisfacerse en virtud de sus propias constantes investigaciones, y no esperar que las pruebas de su verdad les sean dadas sin esfuerzo ni trabajo de su parte. De ellos será la pérdida si rechazan esa verdad, pero no podrá afectar en lo más mínimo el progreso del Espiritualismo. Los ataques y la crítica de la prensa son sobrellevados con buen humor, y rara vez excitan otros sentimientos que los de lástima por la voluntaria ignorancia, y desprecio por la abrumadora presunción de sus autores.

Tales son los sentimientos continuamente expresados por los espiritualistas; y acaso no esté de más hacerlos saber a las gentes no iniciadas, para quienes la literatura del Espiritualismo es tan ignorada como los Vedas.

INVESTIGACIÓN POR EL COMITÉ DIALÉCTICO

Hay otros muchos investigadores de quienes se debería dar noticia en cualquier bosquejo completo del asunto; pero ahora sólo tenemos espacio para aludir brevemente al *Informe del comité de la Sociedad Dialéctica*. De este comité, que consistía en treinta miembros activos, no había al principio sino ocho que creyesen en la realidad de los fenómenos, al paso que no más de cuatro aceptaban la teoría espiritualista. Durante el curso de la investigación, doce de los escépticos completos se convencieron de la realidad de muchos de los fenómenos, habiendo concurrido a los subcomités de experimentación, y habiendo obtenido aquéllos casi únicamente por la mediumnidad de miembros del comité. Tres de los miembros, a lo menos, que eran consumados escépticos, prosiguieron sus investigaciones fuera de las sesiones del comité y acabaron por ser completos espiritualistas.

Mi propia observación como miembro del comité y del subcomité más numeroso y activo, me pone en aptitud de asegurar que el grado de convicción producido en la mente de esos varios miembros, atendidas notables diferencias de su carácter, era en proporción aproximada al tiempo y al cuidado empleados en la investigación. Este hecho que ocurre en toda investigación de estos fenómenos, es resultado característico del examen de todos los fenómenos naturales. El examen de una impostura o de una alucinación, tiene invariablemente resultados contrarios: siendo engañados los que tienen escasa experiencia, mientras los que continúan con perseverancia la indagación, inevitablemente descubren el origen del engaño o de la ilusión. Si no fuera así, tan imposible sería descubrir la verdad como el error. El éxito de esta investigación de los miembros mismos del comité es, por consiguiente, de más importancia que los fenómenos que presenciaron, desde que éstos eran mucho menos sorprendentes que otros muchos que hemos mencionado. Son, sin embargo, importantes en cuanto confirman por una numerosa corporación de hombres inteligentes y despreocupados, los resultados obtenidos antes por investigadores individuales.

Antes de dejar de mano este informe, debo llamar la atención sobre la prueba que suministra acerca del estado de la opinión entre los hombres educados que hay en Francia. El señor Camille Flammarion, el bien conocido astrónomo, envió al comité una comunicación que merece una

consideración especial. Además de declarar que acepta la realidad objetiva de los fenómenos, después de una investigación de diez años, hace la aseveración siguiente:

“Mi sabio maestro y amigo, Mr. Babinet, del Instituto, que se ha esforzado con Mr. Liais (actual director del observatorio astronómico del Brasil) y varios otros de mis colegas de París, en aseverar su naturaleza y su causa, no está enteramente convencido de que se produzcan con intervención de espíritus; aunque esta hipótesis, única que puede explicar ciertas clases de estos fenómenos, ha sido adoptada por muchos de nuestros más estimados sabios, y entre otros por el doctor Hoeffle, erudito autor de la Historia de la Química y la Enciclopedia General; y por el laborioso investigador del campo de los descubrimientos astronómicos, cuya muerte hemos tenido que deplorar recientemente, M. Herman Goldschmidt, descubridor de 14 planetas”.

Se ve por esto, pues, que en Francia, como en América y en este país, hombres de ciencia, no insignificantes en rango, han investigado estos fenómenos y han encontrado que son realidades; mientras que algunos de los más eminentes sostienen que la teoría Espiritualista es la única que puede explicarlos.

Parece ser este el lugar oportuno para notar la pasmosa aseveración de que no hay “una partícula de evidencia” en apoyo de la teoría Espiritualista; que los que la aceptan dejan ver “una incapacidad irremediable para distinguir lo que es prueba competente de los hechos, y lo que no lo es”; y que la teoría está “formada fuera de los hechos”; y que los que la aceptan son incapaces de razonar, que “saltan a la conclusión” de que deben ser los espíritus los que mueven las mesas, sólo porque ellos no saben qué otra causa puede moverlas. La narración anterior del modo como se han convertido al Espiritismo muchos individuos, es una respuesta suficiente a toda esa ignorante aseveración.

La teoría espiritual ha sido adoptada en el mayor número de casos, como un último recurso, cuando todas las otras teorías han resultado impotentes en lo absoluto; y cuando hecho sobre hecho y fenómeno sobre fenómeno se han presentado por sí mismos a dar pruebas directas de que los presuntos muertos están vivos todavía. La teoría espiritual es la emanación lógica del conjunto de los hechos.

Tomad sólo el caso (entre muchos no menos concluyentes) del señor Livermore, quien por cinco años y en centenares de ocasiones vio, sintió y oyó los movimientos de la forma de su difunta esposa, –en una forma viva, inequívoca y perfecta– forma que podía mover los objetos, y que

repetidas veces le escribió en su propia escritura y su propio lenguaje, en tarjetas que quedaban después de desaparecer la forma: forma que era igualmente visible y tangible para dos amigos, que aparecía en su propia casa, en un cuarto absolutamente incomunicado y en presencia de una niña, la médium. ¿No tenían estos tres hombres “ni la menor partícula de evidencia” para creer en la teoría espiritual? ¿Se puede en realidad sugerir o imaginar prueba más completa? Antes de demoler la teoría tenéis que desembarazaros de los hechos; y la simple negativa, o la voluntad de no creer, no pueden eliminar ni suprimir hechos atestiguados durante cinco años por tres testigos, hombres los tres en posiciones de responsabilidad y manejando sus asuntos en todo ese tiempo de modo que les ganase el respecto y la confianza de sus compatriotas.

Se hará aquí inevitable la objeción de que “estas admirables cosas siempre suceden en América. Cuando sucedan en Inglaterra, será tiempo de ocuparse de ellas”. Cosa bastante singular. Estando ya este artículo en la prensa, se ha obtenido la prueba final que demuestra la ocurrencia de fenómenos semejantes en Londres.

Una breve exposición será conveniente, pues, para los que no pueden digerir la evidencia porque sucede en América.

Una joven, la señorita Florence Cook, ha desplegado durante varios años un notable poder de mediumnidad, que últimamente ha culminado en la producción de una forma femenina completa, de carácter espiritual, que apareció con los pies desnudos y vestida con ropas blancas, largas y flotantes, mientras la médium yacía en estado de insensibilidad, vestida de negro y sólidamente atada, en un gabinete o habitación contigua.

A pesar de que se emplearon pruebas de un carácter que parecía concluyente, muchos circunstantes, así espiritualistas como escépticos, sintieron ciertas dudas sobre la verdad del hecho, fundadas por una parte en la semejanza que la forma espiritual presentaba con la señorita Cook, y por otra en la circunstancia de que no se podía ver juntas a las dos. Algunos supusieron que la señorita Cook era una impostora que diestramente ocultaba un vestido blanco, debajo del que la cubría exteriormente (aunque había sido registrada) y quien, no obstante hallarse atada fuertemente con cintas y sellos, podía escaparse de sus ligaduras, desnudarse y vestirse completamente, y volver a aprisionarse, en la oscuridad, y de un modo tan diestro y completo que desafiase toda vigilancia. Otros pensaban que el espíritu la desataba, le ponía un vestido blanco y la enviaba a desempeñar el papel de aparecida.

La creencia de que había algo que sospechar, indujo a un caballero –entusiasta espiritualista– a asir al supuesto espíritu y tratar de retenerlo, mientras alguna otra persona abriese la puerta del gabinete y viese si la señorita Cook estaba allí realmente.

Desgraciadamente no se hizo esto último; pero la gran semejanza del ser en cuestión y de la señorita Cook, su perfecta solidez y los vigorosos esfuerzos que hizo para desasirse y escaparse de él, convencieron a este caballero que era la misma señorita Cook; aunque el resto de los circunstancias encontró a ésta pocos minutos después, atada y sellada precisamente como se la había dejado una hora antes.

Para decidir irrevocablemente la cuestión, se han hecho experimentos, en las últimas semanas, por dos hombres científicos. El señor C. F. Varley, de la *Sociedad Real*, eminente electricista, hizo uso de una batería galvánica y de un aparato de probar los cables, e hizo pasar una corriente por el cuerpo de la señorita Cook (atado a sus brazos monedas de oro soldadas a los alambres). El aparato era tan delicado que indicaba instantáneamente aun el movimiento menos perceptible; al paso que tenía que ser imposible para la joven ponerse le vestido y asumir la aparición de espíritu, sin romper el circuito. Sin embargo, bajo estas circunstancias, apareció la forma espiritual, exhibió sus brazos, habló, escribió, y tocó a varias personas; y esto sucedió, no hay que olvidarlo, en casa de un caballero particular del West End de Londres, y no en la casa de la médium. Durante cerca de una hora permaneció intacto el circuito, y a la conclusión fue encontrada la señorita Cook profundamente aletargada.

Desde que tuvo lugar este notable experimento, el señor William Crookes, de la *Sociedad Real*, ha obtenido una evidencia aún más satisfactoria, si es posible. Arregló una lámpara de fósforos y armado con ella se le permitió ir al cuarto oscuro, acompañado por el espíritu; y allí vio y palpó a la señorita Cook que yacía aletargada en el suelo vestida de negro, mientras la forma espiritual en traje blanco estaba de pie y muy próxima a ella. Durante la tarde, la forma espiritual había estado por cerca de una hora paseando y conversando con los concurrentes; y el señor Crookes habiendo obtenido permiso, estrechó a la figura en sus brazos, y encontró que era en apariencia una verdadera mujer viva, como le había sucedido al caballero escéptico. Y sin embargo, esta forma no es la de la señorita Cook ni la de encarnado alguno, pues apareció y desapareció en la casa del señor Crookes, tan completamente como en casa de la médium misma.

El pleno testimonio de los señores Varley y Crookes, con una cantidad de detalles interesantes sobre el asunto, aparecieron en el periódico *Espiritualista* en marzo y abril últimos; y sirven para manifestar que, cualesquiera que sean las maravillas que ocurren en América, se pueden reproducir aquí, y que no se impide a los hombres de ciencia investigar estos fenómenos con instrumentos científicos y por métodos científicos. En la parte final de este escrito, podremos mostrar que otra clase de manifestaciones, originada en América, –las llamadas fotografías espiritistas– ha sido examinada primero críticamente y completamente demostrada en nuestro propio país.

FOTOGRAFÍAS ESPIRITUALISTAS

Vamos a entrar ahora en un asunto que no se puede omitir en un bosquejo imparcial de la evidencia del Espiritualismo, desde que es el que suministra la demostración más invulnerable que es posible obtener de la realidad objetiva de las formas espirituales, así como de la índole veraz del testimonio presentado por los médiums videntes cuando describen las figuras que solo son visibles para ellos. Se ha indicado ya, y ese es un hecho ampliamente probado en los anales del Espiritualismo, que diversos individuos poseen en muy variables grados el poder de ver muchas formas y figuras.

Así, sucede a menudo en una sesión, que algunos ven distintamente luces, cuya forma, apariencia y posición describen; mientras otros no ven absolutamente nada. Si solamente una o dos personas ven las luces, las demás naturalmente lo imputan a la imaginación de aquéllas; pero hay casos en que de todas las personas presentes, sólo una y dos son impotentes para verlas.

Hay también casos en que todas las personas las ven, pero en muy diferentes grados de claridad; y sin embargo, está probado que ven unos mismos objetos, desde que todos están acordes en cuanto a la posición y al movimiento de las luces. Más aún: los que unos ven simplemente como una nube luminosa, lo ven otros distintamente como formas luminosas, ya parciales, ya completas. En otros casos todos los presentes ven la forma, ya sea mano, rostro, o la figura entera, con igual claridad. Y todavía más: la realidad objetiva de estas apariciones es probada a veces tocándolas, o viéndolas mover objetos; en unas ocasiones oyéndolas hablar; en otras, viéndolas escribir; y esto en presencia de muchas personas; sucediendo a veces que la escritura trazada sea sin lugar a la menos duda, la de algún amigo muerto. Fácil sería llenar un volumen con los anales de esta clase de apariciones, autorizados con el lugar, fecha y nombres de los testigos, y se encuentra una considerable selección de ellos en las obras de Mr. Robert Dale Owen.

Ahora bien: un investigador que no hubiese prejuzgado la cuestión, ni creyese poseer un conocimiento tan completo del universo que se sintiera autorizado a rechazar todo comprobante de hechos que hasta entonces le hubiesen parecido en alto grado improbables, podrá en conciencia decir:

“La prueba que presentáis en apoyo de las apariciones de formas espirituales visibles y tangibles, es muy fuerte; pero yo desearía someterlas a una prueba definitiva e irrecusable, que pondría punto final a la cuestión sobre la posibilidad de que sean producidas por una ilusión simultánea de varios sentidos de varias personas a un tiempo; y que a dar un resultado satisfactorio, demostraría su realidad objetiva de un modo que no es posible mejorar. Si ellas en realidad reflejan o emiten luz suficiente para hacerse visibles al ojo humano, *pueden ser fotografiadas*. Fotografiadas, y tendréis una prueba incontestable de que vuestros testigos humanos son fidedignos.”

A esta muy razonable sugestión sólo habríamos podido responder, dos años ha, que creíamos que este se había hecho y se podría volver a hacer; pero que no teníamos ninguna evidencia satisfactoria que ofrecer. Hoy sin embargo, estamos en aptitud de aseverar no solamente que se ha hecho a menudo, sino que la evidencia es de tal naturaleza que satisfará a quien quiera tomarse el trabajo de examinarla cuidadosamente. Vamos a presentar esta evidencia a nuestros lectores, y nos atrevemos a pensar que será reconocida por ellos como una de las más notables.

Bueno será, antes de proceder a hacerlo, desvanecer una equivocación popular. El señor Lesves recomendó al comité Dialéctico distinguir con cuidado “*los hechos, de las inferencias de hechos*”. Esto es particularmente necesario en el caso de lo que se llama fotografías espíritas. Las figuras que en ellas ocurren, cuando no son producidas por agencia humana, pueden ser *de origen espiritual*, sin que sean figuras “*de espíritus*”. Hay sobrada evidencia para mostrar que son en algunos casos, formas producidas por inteligencias invisibles, pero diferentes de ellas.

En otros casos la inteligencia parece revestirse de una materia capaz de ser percibida por nosotros; pero aun entonces no se deduce que la forma producida sea la actual imagen de la forma espiritual. Acaso no es más que una reproducción de la forma mortal precedente con sus accesorios terrestres, *a fin de ser reconocida*.

Muchas personas han oído hablar de las “pinturas fantasmas”, y de cuán fácilmente puede hacerlas cualquier fotógrafo, según se le pidan; lo cual hace que estén dispuestas a pensar que no pueden servir de comprobantes. Pero un momento de reflexión bastaría a mostrarles que, siendo tan conocidos por todos los fotógrafos los medios de obtener esas “pinturas fantasmas”, es lo más fácil emplear medios y arreglar las condiciones que eviten el fraude. Los siguientes son de los más obvios:

1. Si una persona entendida en fotografía toma sus propias láminas de cristal, examina la cámara y todos sus accesorios, y observa todo el procedimiento seguido para sacar la pintura; claro es que si aparece en el negativo cualquiera forma definida, fuera de la persona retratada, se tiene un comprobante de existir allí algún objeto capaz de reflejar o de emitir rayos actíneos⁽¹³⁾, aunque invisible a los circunstantes.

2. Si aparece un retrato inequívocable de alguna persona muerta, enteramente no conocida por el fotógrafo.

3. Si aparecen en el negativo figuras que guardan una relación definida con la persona retratada, la cual escoge su propia postura, será prueba de que realmente estaban allí esas figuras invisibles.

4. Si aparece una figura vestida de blanco y parcialmente oculta por el oscuro cuerpo del retrato, sin que se muestre en manera alguna al través de éste, será prueba de que la figura blanca estaba allí al mismo tiempo; porque las partes oscuras del negativo son transparentes, y cualquier pintura blanca superpuesta se mostrará al través de ellas.

5. Aun en el caso de que no se aplicara ninguna de estas pruebas; si un médium, con absoluta independencia del fotógrafo, viese y descubriese una figura durante el procedimiento, y resultase en la lámina una figura que corresponda perfectamente a ella, sería una prueba de que tal figura estaba allí.

Cada una de esas pruebas ha sido aplicada en este país con éxito completo, como lo demuestra el siguiente bosquejo de los hechos:

Las narraciones sobre fotografías espíritas en varias partes de los Estados Unidos, indujeron a muchos espiritualistas en este país a hacer experimentos; pero por mucho tiempo sin resultado. El señor y la señora Guppy, fotógrafos aficionados no obtuvieron nada. En marzo de 1872 fueron un día a casa del señor Hudson, fotógrafo que vivía cerca de ellos (no espiritualista) para hacer sacar algunos retratos de tarjeta de la señora Guppy. En seguida el señor Guppy tuvo súbitamente la idea de hacer una tentativa para obtener una fotografía espírita. Se sentó, hizo que su señora se retirase atrás de la cortina del fondo, y se hizo retratar. Apareció en-

¹³ Los rayos actínicos son aquellos que provienen de la luz solar y tienen efectos específicos sobre la materia, con este nombre (rayos actínicos), se conoce a la franja del espectro solar que corresponde al azul, violeta y ultravioleta, y que Niels Ryberg Finsen "descubrió" a partir de los hallazgos de Emile Duclaux (1840-1904) sobre la capacidad destructora de los rayos ultravioleta aplicados a colonias de bacterias. (Nota del digitalizador)

tones en el retrato y atrás de la figura de Mr. Guppy, una mancha blanca, grande, indefinida, de forma oval, en algo semejante al contorno de una figura cubierta. La señora Guppy, colocada atrás de la cortina, estaba vestida de negro.

Esta es la primera fotografía espírita tomada en Inglaterra; y es más satisfactoria en razón de lo repentino del impulso bajo el cual fue obtenida, y de la gran mancha blanca, que ningún impostor habría querido producir, desde que si se prescinde de su significado, echa a perder la pintura. Pocos días después los esposos Guppy y su niño fueron sin dar aviso. La señora Guppy se sentó en el piso sosteniendo al niño en un pedestal; mientras el marido quedaba atrás mirando. La pintura producida fue de lo más notable. Una figura femenina, alta, elegantemente envuelta en un ropaje blanco, como vela de gasa, se levanta directamente detrás y encima del grupo, mirándolos y extendiendo sobre sus cabezas las manos abiertas, como dándoles su bendición. El rostro es algo oriental, y así como las manos, es perfectamente definido. Las ropas blancas pasan atrás de las figuras oscuras de los retratados, sin aparecer en lo más mínimo al través de ellas. Se tomó una segunda pintura tan luego como se tuvo lista una plancha; lo cual fue muy afortunado, porque resultó en una prueba de las más notables. La señora Guppy volvió a arrodillarse con el niño; pero esta vez no se inclinó tanto, y su cabeza quedó un poco más alta. La misma figura blanca vuelve a aparecer igualmente bien definida; pero *“ha cambiado su posición de un modo que corresponde exactamente al ligero cambio en la posición de la señora Guppy”*. Las manos estaban antes a nivel: ahora una está considerablemente más elevada que la otra, a fin de mantenerse a la misma distancia en que antes estaba de la cabeza de la señora Guppy. Los pliegues del vestido difieren todos de un modo correspondiente, y la cabeza está ligeramente volteada. Aquí, pues, una de estas cosas es absolutamente cierta: o había allí un ser vivo, inteligente, pero invisible para los que allí estaban; o el señor y la señora Guppy, el fotógrafo, y alguna cuarta persona, urdieron una malévola impostura y la han sostenido desde entonces. Conociendo a los esposos Guppy tanto como los conozco, tengo una convicción absoluta de que son tan incapaces de una impostura de esta especie, como lo sería cualquier solícito investigador de la verdad en el campo de la ciencia natural.

La fama de estas pinturas se extendió rápidamente. Gran número de espiritualistas intentó conseguir resultados análogos, con más o menos éxito; hasta que al cabo de algún tiempo surgió rumor de impostura, y muchos creen ahora firmemente, por apariencias sospechosas en las pin-

turas y por otras circunstancias, que se ha producido un gran número de falsificaciones. Si así fuese, no sería cosa de admirar. El fotógrafo, recuérdese bien, no era espiritualista, y se encontró completamente desorientado ante las pinturas que hemos descrito. Vio que veintenas de personas acudían a él y se retiraban satisfechas o descontentas, según que obtenían o no una segunda figura junto con ellas. Es posible que haya hecho arreglos a favor de los cuales pueda satisfacer a todas las personas.

Lo cierto es que si ha habido impostura, fueron espiritualistas quienes la sorprendieron; y si no la ha habido, siempre son éstos los que se han mostrado más prontos en notar lo que parecía indicarla. Sin embargo, aún aquellos que más resueltamente afirman haber habido impostura, admiten gran número de pinturas como genuinas. Pero cierto o no, el clamor de impostura hizo un bien, desde que manifestó la necesidad de pruebas y de una independiente confirmación de los hechos.

La prueba de retratos claramente reconocibles de amigos muertos, ha sido obtenida a menudo. El señor William Howitt, que fue sin aviso previo, obtuvo retratos de dos hijos, fallecidos muchos años atrás, y de la existencia de uno de los cuales, ni aun el amigo que acompañó al señor Howitt, sabía nada.

Los retratos fueron reconocidos instantáneamente por la señora Howitt; y el señor Howitt declara que son *perfectos e inequívocables* ("Repertorio Espiritual", octubre, 1873). El doctor Thompson, de Clifton, obtuvo un retrato suyo acompañado por una señora que no conocía. Lo envió a su tío a Escocia, preguntándole simplemente si le encontraba semejanza con alguna persona muerta de la familia. La respuesta fue que era el retrato de la madre del mismo doctor Thompson, muerta al darlo a luz; y como no existía ningún retrato de ella, el doctor no tenía idea alguna de su aspecto. El tío observaba, muy naturalmente, *que no podía entender cómo se había hecho* ("Repertorio Espiritual", octubre, 1873). Otros muchos casos de reconocimiento de semejanza han ocurrido; pero sólo añadiré mi testimonio personal. Hace pocas semanas que fui por primera vez donde el mismo fotógrafo, y obtuve el retrato más inequívocable de un pariente muerto. Pasemos ahora a una clase mejor de comprobantes: los experimentos particulares de los aficionados.

El señor Thomas Slater, óptico, establecido desde mucho tiempo en *Euston road*, y fotógrafo por afición, llevó consigo donde el señor Hudson una cámara nueva hecha por él mismo y lentes suyos propios; vio todo lo que se hacía y obtuvo un retrato en que había una segunda figura. Princi-

pió entonces a hacer experimentos en su propia casa, y en el último verano obtuvo resultados notables. El primero de estos fue el retrato de su hermana, al lado del cual se veían dos cabezas. De éstas, una es indudablemente la del último Lord Brougham; y la otra, mucho menos distinta, es reconocida por el señor Slater como la de Robert Owen, con quien tuvo íntima relación hasta su muerte. Desde entonces ha obtenido varias excelentes pinturas de la misma clase.

Una, particularmente, muestra una mujer en su ropaje largo y flotante, blanco y negro, que está en pie al lado del señor Slater. En otra, aparecen la cabeza y el busto reclinándose sobre su hombro. En estas dos son muy parecidos los rostros; y otros miembros de la familia los han reconocido como retratos de la madre del señor Slater, muerta cuando él era infante. En otra, se ve una bonita figura infantil, vestida también, que está de pie junto al niño del señor Slater. Ahora bien: que estas figuras sean correctamente idénticas o no, no es el punto esencial. El hecho de que *cualquiera* figura, tan clara e inequívocamente humana, aparezca en planchas, tomadas por un experto óptico y aficionado fotógrafo en su estudio privado; con instrumentos fabricados por él mismo; y sin que nadie esté presente sino los miembros de su propia familia, he ahí la verdadera maravilla. En una ocasión apareció una segunda figura junto con él, cuando estaba absolutamente solo, y por el sencillo medio de sentarse en la silla después de quitar la cubierta al objetivo de la cámara. Siendo médiums él y su familia, no requieren ayuda extraña y ésta es quizás la razón por qué ha tenido tan buen éxito. Unas de las más extraordinarias pinturas obtenidas por el señor Slater es un retrato de cuerpo entero de su hermana, en el cual no hay segunda figura; pero aquélla parece cubierta completamente por una especie de cortina transparente de encaje que, examinada con atención, deja ver que está formada de círculos sombreados de diferentes tamaños, enteramente diferente de todo tejido material que yo haya visto o del cual tenga noticia alguna.

El mismo señor Slater me ha mostrado todas estas pinturas y me ha explicado las circunstancias en que fueron producidas. Que no son imposturas, es indudable; y son de inapreciable valor como las primeras confirmaciones independientes que corroboran lo que antes sólo se había obtenido por medio de fotografías de profesión.

Una confirmación de menos valor como éxito, pero no por esto menos satisfactoria, ha sido obtenida por otro aficionado que, a los 18 meses de experimentos, consiguió un éxito parcial. El señor R. Williams, doctor

en medicina y filosofía, de Haywards Heath, llegó a obtener el verano último tres fotografías, cada una de ellas con parte de una forma humana, y una de ellas con las facciones bien marcadas, además del retrato de la persona. Después obtuvo otra con una bien formada figura masculina que estaba de pie al lado del retratado; pero desgraciadamente al desarrollarla en el negativo, esta figura se desvaneció por entero. El señor Williams me da en una carta la seguridad de que en estos experimentos “no había lugar a tretas, o a la producción de estas figuras por ningún medio conocido”.

El editor del *Periódico Británico de Fotografía* ha hecho experimentos en el estudio del señor Hudson, tomando aquel consigo su propio colodión y planchas nuevas, y haciendo por sí mismo toda la operación: y sin embargo había *apariencias anormales* en las pinturas, aunque no figuras definidas.

Llegamos ahora a los valiosos y decisivos experimentos del señor George Beathé, de Clifton, fotógrafo retirado que tiene 20 años de experiencia, y del cual el mencionado editor dice: “Quien quiera que conozca al señor Beathé no podrá menos que conocer en él un fotógrafo reflexivo, diestro e inteligente, uno de los hombres más incapaces de ser fácilmente engañados, al menos en lo que se relaciona con las fotografías, y uno de los más completamente incapaces de engañar a otros”.

El señor Beathé ha sido ayudado en sus investigaciones por el Dr. Thompson, médico de Edimburgo, que ha tenido, como aficionado a la fotografía, una práctica de 25 años. Hicieron sus experimentos en el estudio de un amigo que no era espiritualista (pero que durante los experimentos llegó a ser médium) y contaban con los servicios de un industrial, a quien conocían bien, como médium. Todo el trabajo fotográfico era hecho por los señores Beathé y Thompson, permaneciendo los otros dos sentados a una pequeña mesa. Las vistas o pinturas se tomaban en series de tres, con pocos segundos de intervalo entre una y otra, y en cada sesión se tomaban varias de estas series.

Las figuras producidas, en general, no son humanas, sino manchas blanquecinas de diversas formas, que en pinturas sucesivas van desarrollándose, por decirlo así, hacia un tipo más completo y perfecto. Así una serie de cinco principia por dos manchas blancas medio angulosas sobre la persona retratada en el centro, y acaba en una ruda pero inequívoca figura femenina que cubre la mayor parte de la lámina. Las otras tres muestran estados intermedios que indican un cambio continuo de forma de la primera figura hasta la última. Otra serie (de cuatro pinturas) princi-

pia con un cilindro blanco vertical sobre el cuerpo del médium, y uno más corto sobre su cabeza. Éstos varían de forma en la segunda y tercera, y en la última se extienden lateralmente en masas de luz semejantes a nebulosas. Otra serie de tres es muy curiosa. La primera tiene una mancha luminosa oblicua que fluye de la mesa al piso: en la segunda se ha convertido en una columna serpentina terminada en un punto sobre la cabeza del médium: en la tercera la columna se ha hecho más ancha y como doble, con la curva en una dirección opuesta y un remate a manera de cabeza. El cambio de curvatura puede tener alguna conexión con el cambio de postura de las personas retratadas, que se ve haber tenido lugar entre la segunda y la tercera de esta serie. Hay otras dos que se tomaron, como las anteriores, en 1872, pero que el médium describió durante la operación. La primera era, según dijo: una bruma densa, y la pintura salió toda blanquecina, sin huella alguna de las personas que debían haber quedado retratadas en ella. La otra fue descrita como una bruma con una figura de pie en ella; y efectivamente sólo se ve una figura humana blanca en la superficie uniformemente nublada.

Durante los experimentos hechos en 1873 el médium, en cada caso, descubrió minuciosa y correctamente las apariciones que después se veían en la plancha. En una hay una gran estrella luminosa irradiando, y en el centro de ella un rostro humano débilmente visible. Esta es la última de tres en que la estrella se va desarrollando, y todas fueron perfectamente descritas por el médium. En otra serie de tres, el médium describió primero “una luz detrás de él que salía como del piso”. En seguida “una luz que se elevaba sobre los brazos de una persona y que salía de su bota”. La tercera “hay la misma luz, pero ahora una columna pasa entre la mesa, y la siento muy caliente en mis manos” y luego exclamó de repente: “¡qué luz tan brillante hay allí arriba!, ¿no podéis verla?” señalándola con la mano. Todo esto describe con la mayor exactitud las tres pinturas, y en la última se ve la mano del médium señalando una mancha blanca que aparece sobre su cabeza.

Hay varios curiosos desarrollos cuya naturaleza queda ya suficientemente indicada; pero se debe mencionar una sola pintura muy sorprendente. Durante la operación, un médium vio en el fondo una figura negra, y el otro médium vio al lado de ésta una figura blanca. Ambas aparecen en la pintura: la figura blanca muy tenuemente y la negra mucho más distinta, de tamaño gigantesco, con un rostro macizo y tosco de facciones, y de cabellos largos. (*Repertorio Espiritual*, enero y agosto de 1873. *Noticias Fotográficas*, junio 28, 1872).

El señor Bathé ha tenido la bondad de enviarme para examinarlas una serie completa de estas extraordinarias fotografías, en número de treinta y dos, y me ha suministrado muchos pormenores que deseaba conocer. Los he descrito con cuanto exactitud me es posible; y el señor Thompson me ha autorizado a usar su nombre en confirmación de los asertos del señor Bathé acerca de las condiciones en que esas pinturas aparecieron. No se han hecho estos experimentos sin trabajo y perseverancia. Algunas veces no se obtenía cosa alguna fuera de lo usual en veinte ensayos sucesivos. De los centenares que se han hecho, no ha habido éxito alguno en más de la mitad. Pero el que se obtuvo en los otros valía muy bien la pena. Ellos demostraron el hecho de que lo que ve un médium o vidente (aun cuando ninguna otra persona vea nada), puede a menudo tener una existencia objetiva. Ellos nos enseñan que quizás el librero Nicholai, de Berlín, cuyo caso ha sido citado hasta la sociedad como tipo de la "ilusión espectral" vio efectivamente seres reales, y que a haber sido entonces descubierta la fotografía y debidamente aplicada, podríamos haber tenido ahora los retratos de los hombres y mujeres invisibles que llenaban su cuarto. Nos hacen al mismo tiempo indicaciones del procedimiento por el cual las figuras vistas en las sesiones puedan tener que formarse y desarrollarse gradualmente, y nos ponen en aptitud de entender mejor las afirmaciones hechas a menudo por las inteligencias que se comunican, de ser muy difícil producir formas definidas, visibles y tangibles, y aunque sólo se puede hacer mediante una rara combinación de circunstancias favorables.

Tenemos, pues, que tres fotógrafos aficionados trabajando independientemente en diversos lugares de Inglaterra, confirman separadamente el hecho de la fotografía espírita, ya demostrado a satisfacción de muchos que lo habían probado por medio de fotógrafos de profesión. Los experimentos del señor Beathé y del Dr. Thompson son por sí solos absolutamente decisivos; y tomados en conexión con los del señor Slater y del Dr. Williams, y con las fotografías de prueba, como las de los señores Guppy, establecen como un hecho científico la existencia objetiva de formas humanas invisibles y de imágenes actínicas definidas e invisibles. Antes de dar de mano a los fenómenos fotográficos, tenemos que anotar dos puntos curiosos que se relacionan con ellos. La acción actínea de las formas espíritas, es peculiar y mucho más rápida que la de la luz reflejada por las formas materiales ordinarias; porque las figuras aparecen en el momento que las toca el fluido que las desarrolla, mientras que la figura de la persona retratada sólo aparece mucho después. El señor Beathé observó esto durante sus experimentos, y yo mismo me sorprendí mucho al observar el

desarrollo de tres pinturas tomadas hace poco donde Mr. Houdson. La segunda figura aunque ciertamente no era brillante, se presentó mucho antes que cualquiera otra parte de la pintura. El otro rasgo singular, es el abundante ropaje en que estas formas están envueltas siempre, como para no mostrar sino lo que es absolutamente necesario para reconocerlas por la cara y la figura. La explicación dada es que la materialización de la forma humana es mucho más difícil que la del ropaje. No era, pues, una pura fantasía el convencional "*fantasma con túnica blanca*", sino que tenía un fundamento en los hechos, hechos que además tienen un profundo significado, porque dependen de las leyes de una química que todavía no conocemos.

RESUMEN DE LAS MANIFESTACIONES MÁS IMPORTANTES FÍSICAS Y MENTALES

No habiendo podido dar cuenta de muchos hechos curiosos que ocurren con las varias clases de médiums, acaso sea útil el siguiente catálogo de los fenómenos más importantes y mejor caracterizados. Se les puede clasificar provisionalmente como *físicos*, o aquellos en que se obra sobre objetos materiales; y *mentales*, o aquellos que consisten en una exhibición, por parte del médium, de poderes o facultades que no posee en su estado normal.

Los principales fenómenos físicos son los siguientes:

1. *Fenómenos puramente físicos*. –Producir sonidos de todas especies, desde la más delicada vibración hasta golpes como los de un pesado martillo de hierro. Alterar el peso de los cuerpos. Mover objetos sin intervención de agente humano. Elevar cuerpos en el aire. Transportar cuerpos a distancia desde habitaciones cerradas, e introducirlos en éstas. Desligar a los médiums de toda clase de ligaduras, aun cuando se les haya sujetado con anillos de hierro, como ha sucedido en América.

2. *Químicos*. Preservar de los efectos del fuego según se ha detallado ya.

3. *Escritura y dibujo directos*. Producir escritura y dibujo directos en papeles marcados y puestos en tal posición, que no pudiese tocarlos ninguna persona humana, con la mano o el pie. A veces de un modo visible para los espectadores, levantarse un lápiz y trazar aparentemente por sí sólo una escritura o un dibujo. Algunos de los dibujos, de muchos colores, han sido producidos en papel marcado, en 10 a 20 segundos, y se han encontrado húmedos los colores. (Véase el testimonio de Mr. Colerman en el *Informe dialéctico*, pág. 143, confirmado por Lord Borthwick, pág. 150). El señor Thomas Slater, de 130 Euston road, obtiene ahora comunicaciones del modo siguiente: un pedacito de lápiz de piedra de 1/8 de pulgada de largo, es colocado en una mesa: sobre él se coloca una pizarra bien limpia en un cuarto bien alumbrado; luego se oye el sonido de la escritura, y en pocos minutos se halla una comunicación bastante larga, y distintamente escrita. En otras ocasiones la pizarra es sostenida entre él y otra persona, teniendo asidas las otras manos. Algunas de estas comunicaciones son

discusiones filosóficas sobre la naturaleza del espíritu y de la materia, en apoyo de la acostumbrada teoría espiritualista sobre el asunto,

4. *Fenómenos musicales.*- Instrumentos musicales de varias especies tocados sin agencia humana, desde una campanilla hasta un piano cerrado. Con algunos médiums y en condiciones favorables, se producen composiciones originales de música de muy elevado carácter. Esto sucede con el señor Home.

5. *Formas espirituales.* -Estas son apariciones luminosas, chispas, estrellas, globos de luz, o figuras humanas enteras, usualmente cubiertas con vestiduras flotantes, excepto una parte del rostro y las manos. Las formas humanas son a menudo capaces de mover objetos sólidos, y son a la vez visibles y tangibles para los espectadores. En otros casos sólo son visibles para médiums videntes; pero en este caso, sucede que éstos describen la figura como levantando una pluma y una flor, y los circunstantes ven la flor y la pluma moverse aparentemente por sí sola. En algunos casos hablan distintamente; en otros la voz es oída por todos, pero sólo el médium ve la forma. Las vestiduras flotantes de estas figuras han sido examinadas en algunas ocasiones, y de ellas se han cortado algunos pedazos que en poco tiempo se han desvanecido. También han sido traídas flores, algunas de las cuales se marchitan y se desvanecen; al paso que otras son reales y se las puede conservar indefinidamente. No se debe concluir que algunas de estas formas sean espíritus verdaderos; probablemente sólo son formas temporales producidas por los espíritus, como pruebas o como medio de ser reconocidos por sus amigos. Esta es invariablemente la apreciación que de ellas se hacen en comunicaciones obtenidas de diversos modos: de manera que la objeción, un tiempo considerada como tan irresistible, de que no puede haber *fantasmas* con ropas, armaduras o bastones, deja de tener peso alguno.

6. *Fotografías espirituales.* -Éstas, según se acaba de describirlas, demuestran por un experimento puramente físico, lo fidedigno de las observaciones de la clase precedente.

Venimos ahora a los fenómenos mentales, de los cuales los siguientes figuran en primera línea:

1. *Escritura automática.* -El médium escribe involuntariamente; a menudo sobre asuntos en que no está pensando, que no espera y que no le gustan. De vez en cuando se da noticia definida y correcta de hechos de los cuales el médium no ha tenido ni tiene conocimiento alguno. Algunas

veces se predice con precisión acontecimientos futuros. La escritura tiene lugar, ya sea por la mano o ya por la plancheta⁽¹⁴⁾. Frecuentemente cambia la forma de la escritura. A veces es trazada de derecha a izquierda⁽¹⁵⁾; y a veces en un idioma que el médium no comprende.

2. *Videncia y auditividad*. –Es de varias especies. Algunos médiums ven las formas de personas muertas no conocidas por ellos, y describen sus peculiaridades con tan minuciosidad que sus amigos las reconocen desde luego. A menudo oyen voces por las que obtienen nombres, fechas y lugares en relación con los seres así descritos. Otros leen cartas selladas, cualquiera que sea el idioma en que están escritas, y escriben respuestas apropiadas.

3. *Oratoria sonámbula*. –El médium cae en un estado más o menos inconsciente y entonces habla, frecuentemente sobre asuntos y en estilo muy superiores a toda su capacidad ordinaria. Así el señor Cox, que por cierto no es un juez cualquiera en materia de estilo literario dice: “He oído a un palafrenero sin educación, sostener, durante su estado de éxtasis, un diálogo con una reunión de filósofos sobre *la razón y la intuición, el libre albedrío y el destino*”, y mantener su opinión contra ellos. Le he presentado las cuestiones más difíciles de psicología, y he recibido respuestas siempre reflexivas, a menudo llenas de sensatez, e invariablemente expresadas en lenguaje escogido y elegante. Sin embargo, un cuarto de hora después salido ya de su estado inconsciente, no podía responder la más simple cuestión sobre asuntos filosóficos, y aun se encontraba desorientado para hablar como expresar cualquiera idea vulgar. (“*¿Qué soy?*” vol. 2º, pág. 242). Puedo atestiguar por mí mismo que en esto no hay exageración, habiendo observado repetidas veces al mismo médium. Y de otros oradores sonámbulos –como la señora Hardinger, la Tappon, y el señor Peebles– he oído discursos que en alta y sostenida elocuencia, nobles pensamientos, y elevado propósito moral, sobrepasaban a los mejores esfuerzos del mejor predicador u orador que yo haya conocido jamás.

4. *Impersonación*. – Ocurre durante el sueño magnético o el éxtasis. El médium parece poseído por otro ser; habla, mira y acciona en este nuevo carácter de la manera más asombrosa; en algunos casos habla idiomas extranjeros que nunca ha oído en el estado normal; como en el caso de la señorita Edmonds, de que hemos dado cuenta. Cuando la influencia es

¹⁴ El lector interesado en la evolución de estos procedimientos hallará cumplida información en la introducción del *Libro de los Espíritus* de Allan Kardec.

¹⁵ Escritura especular: aquella que sólo puede leerse poniendo un cristal donde se refleje lo que ha sido escrito en caracteres inversos al orden normal de escritura.

violenta o penosa, los efectos son los que en todos tiempos se han atribuido a la posesión de espíritus malos.

5. *Curación.* – Hay varias formas de ésta. Algunas veces es por el simple contacto de las manos, forma refinada de tratamiento mesmerico⁽¹⁶⁾. Otras veces, en estado inconsciente, el médium descubre desde luego la enfermedad oculta, prescribe el remedio, y con frecuencia sucede que da una descripción exacta de la apariencia mórbida de los órganos internos.

Los fenómenos puramente mentales son generalmente inútiles como evidencia para los no espiritualistas, salvo los pocos casos en que se pueden aplicar pruebas rápidas; pero están tan íntimamente ligados con la serie física, y tan entrelazados a menudo, que nadie con suficiente experiencia para creer la realidad de los primeros, deja de ver que los últimos forman parte del sistema y dependen de las mismas causas de acción.

El caso es muy diferente con la serie física. Sus hechos forman un cuerpo compacto de evidencia, desde el más simple hasta el más completo y asombroso; cada uno de cuyos hechos, como componente aislado, puede ser y ha sido demostrado por sí mismo repetidas veces, al paso que cada uno da mayor peso y confirmación a todos los demás. Todos o casi todos han sido a la vista del mundo durante 20 años; las teorías y explicaciones de los críticos y revistadores no los tocan, ni pueden satisfacer en manera alguna a ningún hombre de sana razón que los haya presenciado muchas veces; han sido puestos a prueba y examinados por escépticos de cada grado de incredulidad –hombres aptos bajo todos aspectos para sorprender la impostura o para descubrir las causas naturales– expertos físicos, médicos, abogados y negociantes- y en todos los casos los investigadores se han retirado ya burlados, ya convertidos en creyentes.

Ha habido, es verdad, algunos impostores que han intentado imitar los fenómenos; pero estos casos son poco numerosos y han sido descubiertos a favor de pruebas mucho menos severas que aquellas a que los fenómenos reales han sido sometidos una y otra vez; y una gran parte de estos fenómenos jamás ha sido imitada, siendo, como son en realidad, imposibles de imitar.

Ahora bien: ¿qué dicen nuestros directores de opinión pública, cuando ven a un hombre científico de reconocida habilidad observar en su propia casa y bajo condiciones rígidas, una gran parte de los fenómenos

¹⁶ Franz Anton Mesmer (1734-1815) Médico austríaco que desarrolló la teoría del fluido magnético animal, mediante el cual se podían curar dolencias físicas.

más extraordinarios, y afirmar su realidad objetiva; no en un examen precipitado, sino después de cuatro años de investigaciones? Hombres que tienen *nombres de gran significación científica*, rehúsan examinarlos cuando se les invita a hacerlo; la eminente sociedad de que es miembro, rehúsa insertarlos en sus anales; y la prensa grita que necesita mejores testigos que Mr. Crookes, y que semejantes hechos necesitan *confirmación* antes de que puedan ser creídos. Pero ¿por qué más confirmación? Y cuando estén *confirmados* otra vez, ¿quién confirmará al confirmador? Después que toda la falange de los fenómenos había estado ante el mundo por diez años y había convencido a decenas de miles de escépticos – escépticos, recuérdese bien, de sentido común y más que ordinaria perspicacia, americanos de todas clases- fueron confirmados por el primer químico de América, el profesor Robert Hare. Dos años después fueron confirmados otra vez por las elaboradas y perseverantes indagaciones de uno de los primeros jurisconsultos americanos, el juez Edmonds. En seguida, por otro buen químico el profesor Mapes.

En Francia la verdad de los fenómenos físicos más simples, fue *confirmada* por el conde A. de Gasparin, 1854; y desde entonces, astrónomos, matemáticos y químicos franceses de alto rango los han *confirmado*. El profesor Thury, de Ginebra, los volvió a *confirmar* en 1855. En nuestro propio país, hombres como el profesor de Morgan, Dr. Lockhart Robertson, T. Adolf Trollope, Dr. Robert Chambers, S. Cox, el señor C. F. Varley, así como el escéptico Comité de la *Sociedad Dialéctica*, han *confirmado* independientemente, unos de otros, gran parte de los hechos. Y finalmente, viene el señor William Crookes, de la *Sociedad Real*, a los cuatro años de investigaciones y de amplios experimentos con los dos más antiguos y más notables médiums del mundo, ¡y otra vez *confirma* casi toda la serie! Pero aun esto no es todavía todo. Tenemos por una legión de los más competentes observadores la prueba decisiva de la fotografía; testigo que no puede ser engañado, que no tiene opiniones subjetivas, que es admitido en nuestras cortes de justicia, y cuyo testimonio prevalece contra cualquier número de recuerdos de lo que sucedió o de opiniones sobre lo que debió y tuvo que suceder. Y contra esta abrumadora falange de pruebas incontestables y evidentes ¿qué presenta la parte contraria? Sólo ha hecho suposiciones inadecuadas y absurdas, y no ha podido refutar ni explicar un solo hecho de importancia.

Sostengo, pues, que los fenómenos del Espiritualismo, en su totalidad, no requieren más confirmación. Están probados tan plenamente como cualesquiera hechos probados en otras ciencias; y no es la negación o

la cavilosidad la que pueda refutar ninguno de ellos, sino solamente nuevos hechos y deducciones exactas de éstos. Cuando los adversarios del Espiritualismo puedan presentar un cuadro de sus investigaciones, que en duración y plenitud se acerque siquiera al de los defensores; y cuando puedan descubrir y mostrar en detalle el modo cómo son producidos los fenómenos, o cómo los muchos y sensatos hombres a que nos hemos referido han sido inducidos por alucinación a creer que han presenciado esos fenómenos; y cuando puedan probar lo correcto de su teoría, produciendo una creencia semejantes en una corporación de escépticos igualmente sensatos y hábiles —entonces, y no antes, necesitarán los espiritualistas producir una nueva confirmación de hechos que son y siempre han sido suficientemente reales e indisputables para satisfacer a cualquier investigador honrado y perseverante.

Siendo éste el estado del caso en cuanto a la evidencia y pruebas, estamos plenamente justificados al tomar *los hechos* del Espiritualismo moderno (y con ellos la teoría espiritual, como la única sostenible) como completamente establecidos.

En dos órdenes se pueden dividir las lecciones que enseña el Espiritualismo. Encontramos en primer lugar que explica racionalmente varios fenómenos en la historia humana, que la ciencia física ha sido impotente para explicar y ha rechazado u omitido hasta ahora; y en segundo lugar derivamos de él algún conocimiento determinado sobre la naturaleza y destino del hombre y, como consecuencia, un sistema ético de gran eficacia práctica. Los siguientes son algunos de los más importantes fenómenos de la historia y de la naturaleza humana, de los cuales la ciencia no puede dar cuenta, pero que el Espiritualismo explica:

1. No vale poco que el Espiritualismo se encuentre en aptitud de rehabilitar a Sócrates como a hombre cuerdo, y a su *demonio* como a un ser espiritual inteligente que lo acompañó toda su vida; en otras palabras, un espíritu guardián. El no-espiritualista se ve obligado a considerar a uno de los hombres más grandes en la historia humana, no sólo como sujeto toda su vida a una ilusión mental, sino además como tan débil, insensato y supersticioso, que no pudiese descubrir jamás que eso era una ilusión. Se ve obligado a negar el hecho aseverado por los contemporáneos y por el mismo Sócrates, de que en realidad le anunciaba los peligros: sostener que este noble hombre, sagaz razonador y escéptico religioso, tan amado y venerado por los grandes hombres que fueron sus discípulos, fue embaucado por sus propias ilusiones, y que jamás en su vida pudo descubrir

que eran tales, y que los anuncios recibidos tanto tenían de verdad como de error. En verdad, es un alivio para la mente no tener que pensar de Sócrates tales cosas.

2. El Espiritualismo no permite creer que los oráculos de la Antigüedad no eran todos imposturas, y que todo un pueblo, acaso el de mayor perspicacia intelectual que haya existido, no se componía en su totalidad de sandios. Discutiendo la cuestión de “por qué la profetisa Pithia no da ahora respuestas del Oráculo en verso”, dice Plutarco que cuando los reyes y los estados consultaban al Oráculo sobre asuntos graves que no podían publicarse sin daño, las respuestas estaban disfrazadas en lenguaje enigmático; pero cuando los particulares preguntaban sobre sus propios asuntos obtenían respuestas directas en los términos más claros, a tal punto que no faltaban gentes que se quejasen de esa sencillez y precisión, como indignas de un origen divino. Y agrega este positivo testimonio: “Sus respuestas, aunque sometidas al más severo escrutinio, jamás han resultado falsas o incorrectas. Al contrario, la confirmación de ellas ha llenado el templo con presentes de Grecia y de países extranjeros”; y además: “Las respuestas de la Pitonisa van derechas a la verdad. Jamás se le ha convenido de mentira, ni siquiera en un solo caso”. Si estos oráculos fueron meras conjeturas de impostores ¿habría hecho aquellos asertos un escritor como aquél? El hecho de haber decaído y extinguiéndose esos oráculos, habla a favor de ellos; porque ¿cómo podría cesar la impostura a medida que el mundo se hacía menos ilustrado y más supersticioso? Ni el hecho de que los sacerdotes pudiesen ser algunas veces sobornados para dar falsos oráculos, probaría nada contra testimonios como el de Plutarco, y contra la creencia, durante muchas generaciones, sostenida por hechos que se reproducían incesantemente, de los hombres más grandes de la Antigüedad.

3. El Antiguo y el Nuevo Testamento están llenos de espiritualismo, y sólo los espiritualistas pueden leer esos anales con una creencia ilustrada. La mano que escribió en el festín de Baltasar, y los tres hombres ilesos de la ardiente fragua de Nabucodonosor, son para ellos hechos positivos que no necesitan explicación. El lenguaje de San Pablo sobre “dádivas espirituales y pruebas a los espíritus”, es lenguaje inteligible para ellos, y el “don de las lenguas”, es simplemente un hecho. Cuando Cristo echó a los “diablos” o malos espíritus, lo hizo así en realidad, y no se limitó a aquietar momentáneamente a un energúmeno; y el agua trocada en vino, así como el pan y los peces renovados continuamente hasta que fueron alimenta-

dos cinco mil hombres, son creíbles como manifestaciones extremas de un poder que está funcionando diariamente entre nosotros.⁽¹⁷⁾

4. A la misma categoría pertenecen los milagros de los santos, cuando bien comprobados. Los de San Bernardo, por ejemplo, tuvieron lugar a menudo en pleno día y en presencia de miles de espectadores, y fueron constatados por testigos oculares. Él mismo se encontraba sumamente turbado por ellos, no comprendiendo en su asombro por qué se le había concedido tal poder y temiendo que hiciera peligrar su humildad. Esta no es por cierto la disposición mental de un entusiasta iluso, ni el carácter de San Bernardo era de esta clase. – El espiritualista no tiene por qué creer que todo esto jamás ha sucedido, o que San Francisco de Asís y Santa Teresa no fueron levantados en el aire, según lo declararon los testigos oculares.

5. La brujería y los procesos sobre ella tienen nuevo interés para el espiritualista. Está en aptitud de descubrir centenares de curiosas y detalladas coincidencias con los fenómenos que él mismo ha presenciado; y puede separar *los hechos*, de las absurdas *inferencias* que las gentes imbuidas con la terrible superstición diabólica, sacaban de ellos falsas inferencias a las cuales se debió la manía de brujería con todos sus horrores. El Espiritualismo, y solo él, da una explicación racional a la brujería, y determina qué parte de ella era un hecho objetivo, y qué parte era una ilusión subjetiva.

6. Los milagros católicos modernos viene a ser hecho inteligibles. Espíritus cuyos afectos y pasiones están fuertemente excitados a favor del catolicismo, producen esas apariciones de la Virgen y de los santos, sabiendo que influirán en aumentar el fervor religioso. La aparición en sí misma puede ser una realidad objetiva; al paso que sólo una inferencia el que sea la Virgen –inferencia que cada espiritualista ilustrado rechazará como extremadamente improbable.

7. La segunda vista, y muchas de las llamadas supersticiones de los salvajes, pueden ser realidades. Es bien sabido que el poder medianímico ocurre con más frecuencia y energía en los países montañosos; y como estos son en general habitados por las razas menos civilizadas, las creencias allí prevalecientes, pueden provenir de hechos también prevalecientes, y ser atribuidos sin razón a la ignorancia que, en tal caso solo sería una

¹⁷ Para más información sobre los llamados milagros explicados por el Espiritismo, véase la obra de Allan Kardec, *La Génesis, los milagros y las profecías según el Espiritismo*. cap. XV.

coincidencia. Los espiritualistas saben que el aire puro y seco de la California contribuyó a manifestaciones más poderosas y sorprendentes que en otra parte de los Estados Unidos.

8. La cuestión recientemente discutida sobre la eficacia de la oración, recibe del Espiritualismo una solución perfecta. La oración puede ser a menudo respondida, aunque no directamente por la Divinidad. Ni depende enteramente la respuesta de la moralidad o religión del suplicante; pero como los hombres más morales y religiosos y que tienen mayor fe en una respuesta divina a sus oraciones, son los que oran con más frecuencia, solicitud y desinterés; naturalmente atraen un número de seres espirituales que simpatizan con ellos, y que en caso de estar presente el poder medianímico necesario, tendrán la aptitud así como tienen la voluntad, de responder a la oración. Un caso prominente es el de George Müller, de Bristol, quien durante los últimos 44 años ha dependido completamente para su propio sostenimiento y el de sus admirables caridades, en la respuesta a sus oraciones. Su "Narración de algunas de las acciones del Señor para con George Müller" (6ª. ed., 1860) debía haber sido considerada con la última discusión; por cuanto suministra una prueba mejor de que la oración es realmente respondida a veces, que la que hubiese podido dar el experimento de hospital propuesto por Henry Thompson.

En esta obra tenemos un cuadro anual exacto de sus entradas y gastos por muchos años. Jamás pidió, ni consistió en que se pidiese a nadie, directa ni indirectamente, un solo céntimo. Jamás hubo suscriptores ni colectas; y sin embargo, desde 1880 (cuando se casó sin tener renta alguna) ha vivido, ha educado una familia y ha establecido instituciones que han ido constantemente en aumento, ¡hasta dar hoy educación y subvenir en parte al sustentamiento de cuatro mil niños huérfanos! Ha sucedido centenares de veces que no hubiese alimento en su casa, ni dinero alguno para comprarlo; o que no hubiese animales, o leche, o azúcar para los niños; y no obstante, jamás tomó a crédito ni por un solo día un pedazo de pan; y en los treinta años que abraza su narración, ni él ni los cientos de niños que de él dependían para su diario sustento, han carecido jamás del alimento suficiente y usual. Han vivido literalmente sin más que lo indispensable para el momento actual, y su único y exclusivo recurso ¡ha sido la oración secreta! He aquí un caso que se ha estado produciendo en medio de nosotros hace cuarenta años, y que todavía continúa: ha sido puesto a la luz pública desde hace muchos años; y sin embargo se sostiene por hombres eminentes una acalorada discusión sobre si la oración es o no respondida, y ninguno de ellos demuestra tener el menor conocimiento

de este fenómeno, ¡el más pertinente e ilustrativo! El espiritualista explica todo esto como influjo personal. Perfecta sencillez, fe ilimitada, caridad y benevolencia de George Müller, han atraído a favorecer su causa espíritus de naturaleza análoga a la suya; y sus poderes medianímicos han puesto a esos espíritus en aptitud de trabajar para él, induciendo a otro hombre a enviarle dinero, alimento, vestidos, etc., que en todo caso llegaban, por decirlo así, en el último minuto. Las numerosas cartas que con estas dádivas recibía, describiendo el impulso repentino e irresistible que los donantes sentían de enviarle cierta suma en cierto tiempo determinado, demuestran de un modo sorprendente la naturaleza del poder en acción. Todo esto sería explicable, a ser parcial e interrumpido; pero habiendo continuado en proveer a las necesidades diarias de una vida de caridad sin ejemplo, *para las cuales jamás se hizo una provisión anticipada* (porque Müller consideraba que eso habría sido mostrar desconfianza en Dios), semejante explicación no podría abarcar los hechos.

9. El Espiritualismo nos pone en aptitud de comprender y clasificar esa larga serie de disturbios y de fenómenos ocultos ocurridos antes de lo que se llama “manifestaciones espirituales modernas”. Las obras de Robert Dale Owen dan cuenta bastante amplia de esta clase de fenómenos, muy correctamente descritos y filosóficamente tratados por él. No es este el lugar propio para referirse a ellos detalladamente; pero se puede citar uno de ellos que manifiesta cuán vasta suma de misterios inexplorados existía, aun en nuestro mismo país, antes de que el mundo hubiese oído hablar del Espiritualismo Moderno. En 1841 el mayor Eduard Moor, de la *Sociedad Real*, publicó un librito titulado *Las campanas de Bealings*, narrando misteriosos sonidos de campanillas en su casa de Great Bealings, Suffolk, y que continuaron durante cincuenta y tres días. Inútiles fueron todos los esfuerzos de él, de sus amigos, y de los industriales del oficio para descubrir la causa; no pudiendo producirse el mismo rápido y estrepitoso campanilleo ni aún por los esfuerzos más violentos. Escribió una relación de esto a los periódicos, pidiéndoles informes conducentes a este asunto, cuando asociadas a sugerencias muy sesudas sobre ratas, o algún mono como causa eficiente, recibió catorce comunicaciones, todas relativas a casas de misteriosos sonidos de campanillas en diferentes partes de Inglaterra, muchos de los cuales duraban mucho más tiempo que los de cada del mayor Moor, y todos igualmente inexplicados. Uno duró diez y ocho meses: otro era en el hospital de Greenwich, donde ni el dependiente de las obras, ni el campanero, ni hombres científicos pudieron descubrir la causa.

Un sacerdote escribió sobre perturbaciones del más serio carácter en su parroquia, durante nueve años, y podía trazar la existencia de ellas en la misma casa por *sesenta años*. Otro caso había durado *veinte años* y se le podía trazar desde un siglo atrás. Algunos de los detalles de estos casos son muy instructivos. La más increíble de las explicaciones sería la de trestas. El Espiritualismo suministra la explicación por medio de hechos análogos que ocurren cada día y forman parte del gran sistema de fenómenos que demuestran la teoría espiritual.

El libro del mayor Moor es muy raro; pero se da un buen extracto de él en *El Terreno Debatible*, de Owen, pág. 239-258.

ENSEÑANZAS MORALES DEL ESPIRITUALISMO

Tenemos que explicar ahora la teoría de la naturaleza humana que se desprende del conjunto de los fenómenos, y es además enseñada más o menos explícitamente, por las comunicaciones provenientes de los espíritus. Puede ser brevemente delineada como sigue:

1. El hombre es una dualidad, que consiste en una forma espiritual organizada, la cual se desarrolla simultáneamente con el cuerpo y lo penetra por completo, y tiene órganos y desarrollos correspondientes.⁽¹⁸⁾

2. La muerte es la separación de esta dualidad y no produce cambio intelectual ni mora en el espíritu.

3. El destino de los individuos es la evolución progresiva de su naturaleza intelectual y moral; siendo formada la base de la vida espiritual, por el conocimiento, experiencia y adelantos alcanzados en la vida terrena.

4. Los espíritus pueden comunicarse por conducto de médiums propiamente dotados. Son atraídos hacia aquéllos a quienes aman, o con los cuales simpatizan; y se esfuerzan por advertirles, protegerlos e influir sobre ellos para el bien, por impresión mental o inspiración, cuando no pueden efectuar una comunicación más directa, pero en virtud de la cláusula segunda, sus comunicaciones serán falibles, y deben ser juzgadas y puestas a prueba, como las de cualquiera de nuestros semejantes.

Las anteriores proposiciones sugerirían varias preguntas y dificultades, para respuesta de las cuales, referimos al lector a las obras de R. D. Owen, Hudson Tuttle, el profesor Hare, y los anales cotidianos del Espiritualismo. Éste es el lugar en que debo entrar en una explicación algo detallada del modo cómo la teoría conduce a un puro sistema de moralidad con sanciones mucho más poderosas y eficaces que cuantas han podido presentar los sistemas religiosos o la filosofía.

Quizás esta parte del asunto no pueda ser mejor introducida que por una referencia a las observaciones del profesor Huxley⁽¹⁹⁾ en una carta al

¹⁸ En realidad aquí Wallace estaría hablando del “periespíritu” cuerpo fluídico que envuelve al espíritu, para más información véase la introducción del ya citado *Libro de los Espíritus*, de Allan Kardec. También téngase en cuenta, que los espiritistas ingleses no creían en la reencarnación.

¹⁹ Thomas Henry Huxley (1825-1895) biólogo británico, ferviente defensor de la teoría de la evolución de las especies darwiana, y escéptico consumado. Curiosamente Wallace es el co-creador de dicha teoría

Comité de la Sociedad Dialéctica. Dice “Pero suponiendo que los fenómenos, sean genuinos, no me interesan. Si alguien quisiera dotarme con la facultad de escuchar la charla de viejas y curas en la ciudad diocesana más próxima rehusaría aceptar tal privilegio, teniendo cosas mejor que hacer. Y si las gentes del mundo espiritual no hablan de un modo más sensato y práctico que lo que de ellos refieren sus amigos, las pongo en la misma categoría”. Este pasaje, escrito con la sátira cáustica a que el bondadoso profesor se deja llevar de vez en cuando, a duras penas podrá significar que si fuese probado el que los hombres realmente continúan viviendo después de la muerte, el hecho no le interesaría, simplemente porque algunos de ellos hablan vulgaridades. Muchos hombres científicos niegan el origen espiritual de las manifestaciones, fundándose en que espíritus verdaderos, genuinos, no debían permitirse a sí propios manoseadas trivialidades que forman el tema de las usuales comunicaciones espirituales. Pero ciertamente el profesor Huxley, como naturalista y filósofo, no consideraba razonable esta exigencia. ¿No sostiene la idea de que no puede haber efecto mental o físico sin una causa adecuada; y de que los estados mentales, las facultades y las peculiaridades que resultan del desarrollo gradual de los hábitos de una vida entera, o que se heredan de los antepasados, no pueden ser cambiados súbitamente por causa alguna conocida o imaginable? Y si (como el profesor probablemente admitiría) una gran mayoría de los que salen diariamente de esta vida son personas adictas a la charla ociosa, personas que pasan gran parte de su tiempo en perseguir propósitos bajos o triviales, personas cuyos placeres son más sensuales que intelectuales, ¿de dónde vendrá el poder transformador que súbitamente y por la mera separación del cuerpo, las cambie en seres capaces de apreciar y de gozar altos propósitos intelectuales? Esto sería un milagro, el mayor de los milagros; y seguramente el profesor Huxley es el último de los hombres que contemplase innumerables milagros como parte del orden natural y todo ¿para qué? Simplemente *para librar estas gentes de las consecuencias necesarias de sus malgastadas vidas*. Porque la enseñanza esencial del Espiritualismo es que todos y cada uno de nosotros estamos contribuyendo con cada acción y cada pensamiento a construir una “*estructura mental*” que será nuestro propio yo y lo constituirá después de la muerte del cuerpo mucho más que ahora. Y precisamente según sea bien o mal fabricada esta estructura, nuestro progreso y nuestra felicidad serán acelerados o retardados.

junto con Darwin, y la historia ha silenciado su nombre; razones, varias: 1) no ser tan materialista como su homólogo, ya que su teoría evolucionista difería en algún punto; 2) realmente quién la desarrolló más profusamente fue Darwin, si bien esto no quita que el nombre de Wallace debiera de estar asociado indisolublemente a ella.

Seremos más o menos adecuados a la nueva vida en que entramos, exactamente en proporción al desarrollo que hayamos dado a nuestra naturaleza superior intelectual y moral, o a la inanición en que la hayamos hecho caer por desuso y por haber dado un preferencia indebida a las facultades que solo nos aseguran el goce meramente material o egoísta. La noble enseñanza de Herber Spencer⁽²⁰⁾, de que los hombres son mejor educados dejándolos sufrir las consecuencias naturales de sus acciones, es la misma enseñanza del Espiritualismo acerca de la transición a otra faz de la vida. No habrá premios ni castigos impuestos; sino que cada uno sufrirá las consecuencias naturales e inevitables de su vida bien o mal empleada.

Considérase bien empleada aquella en que las facultades que conciernen a nuestro bienestar personal físico, están subordinas a las que conciernen a nuestro bienestar intelectual y social, y al bienestar de los demás; y ese sentimiento instintivo –tan universal y tan difícil de explicar– de que estas últimas facultades son las que constituyen nuestra naturaleza superior, parece indicarnos la conclusión de que somos destinados a un estado en que las primeras serán casi enteramente innecesarias y llegarán a convertirse gradualmente por desuso en rudimentarias, al paso que las últimas recibirán un desarrollo correspondiente.

Síguese, pues, que aun cuando la insustancial trivialidad de tantas comunicaciones no es un ápice más interesante para los espiritualistas que para el profesor Huxley, y jamás es escuchada voluntariamente; sin embargo, el hecho de que tales puerilidades se hablan (suponiendo que sea por los espíritus), es a la vez un hecho que se debía haber previsto, y una lección de profunda importancia. Debemos recordar también la índole de las sesiones en que se reciben estas comunicaciones vulgares. Una asamblea, miscelánea de creyentes de diversos grados y gustos, la mayoría de los cuales sólo busca una noche de pasatiempo; y de escépticos que consideran a los demás como necios o como bellacos; no parece la mejor adecuada para atraer hacia sí a los más elevados y refinados habitantes de las esferas superiores, de quienes se debe suponer que estén demasiado interesados en su nueva y grande existencia intelectual para desperdiciar su actividad en los unos o los otros. Probado el hecho de que estas gentes después de la muerte siguen hablando con tan poca cordura como antes: pero que por hallarse en un estado en que la sensatez es de mucha mayor importancia para la felicidad que aquí (donde los necios pasan vidas muy confortables), sufren el castigo de haber descuidado el cultivo de su inteli-

²⁰ Herbert Spencer (1820-1903) naturalista, filósofo, sociólogo y psicólogo inglés que aplicó los conocimientos de la teoría evolucionista a la incipiente psicología científica.

gencia; y encontrándose tan fuera de su elemento en un mundo donde todos los placeres son mentales, procuran renovar sus antiguos tiempos charlando con sus antiguos socios, cuando quiera que se les presentan los medios de hacerlo; el profesor Huxley no dejará de ver su vasta importancia como incentivo para esa educación superior que él nunca se cansa de recomendar.

Ciertamente, él se interesaría en todo lo que tiene una verdadera tendencia práctica en la condición presente y futura de los hombres; y es evidente que aun estos bajos y despreciados fenómenos del Espiritualismo, “a ser verdaderos”, tienen esta tendencia; y combinada con sus enseñanzas más elevadas constituyen una grande agencia moral, que puede todavía regenerar el mundo.

Porque el espiritualista que por su experiencia diaria obtiene un conocimiento absoluto de estos hechos relativos al estado futuro; que sabe que precisamente en la medida en que él se abandona a la pasión, al egoísmo, o a la exclusiva posesión de la riqueza, y descuida cultivar los afectos y los diversos poderes de su mente, en la misma medida prepara para sí propio, de un modo inevitable, la desgracia en un mundo donde no hay necesidades físicas a que proveer, ni goces sensuales, excepto los que se asocian directamente a los afectos y simpatías, ni ocupaciones que no tengan por objeto el progreso intelectual y social; el espiritualista, digo, se encuentra impelido hacia una vida intelectual, simpatizadora y pura, por móviles mucho más fuertes que los que pueden suministrar la religión o la filosofía. Teme ceder a la pasión o a la mentira, al egoísmo o a la vida de lujoso deleite físico; porque sabe que las naturales e inevitables consecuencias de tales hábitos son la desgracia futura, necesitando una larga y difícil lucha para desarrollar de nuevo las facultades cuyo ejercicio, a fuerza de una dilata paralización, ha llegado a serle doloroso. Lo apartará del crimen el conocimiento de que sus imprevistas consecuencias podrían causarle edades de remordimiento; al paso que las malas pasiones que estimulan será un perpetuo tormento para él en ese estado del ser en que las emociones mentales no pueden ser echadas a un lado, ni olvidadas entre las ardientes contiendas y los placeres sensuales de una existencia material.

Se debe recordar que estas creencias (a diferencia de las de la teología) tendrán una eficacia viviente, por cuanto dependen de hechos que ocurren a cada paso en el círculo de la familia, reiterando constantemente las mismas verdades como resultado del conocimiento personal, y fijando

así en la mente, aun del más obtuso, la absoluta realidad de la existencia futura en la cual el grado de felicidad o de desgracia depende de la *estructura mental* que fabricamos aquí con nuestros pensamientos, palabras y acciones cada día.

Comparad este sistema de natural e inevitable retribución, que se deriva completamente del desarrollo de nuestra naturaleza superior intelectual y moral, y en proporción a este mismo desarrollo; con el arbitrario sistema de premios y castigos, derivando únicamente de determinados actos y creencias, tal como lo exhiben todas las religiones dogmáticas; y no habrá quien no vea que el primero está en armonía con todo el orden de la naturaleza, y que el segundo está en oposición con este orden. Y sin embargo, se llega a decir que el Espiritualismo es en su totalidad una impostura o una ilusión y que todas sus enseñanzas son producidas por la *atención expectante* y la *cerebración inconsciente*. Semejante suposición quedaría refutada aun cuando la teoría del estado futuro fuera el único resultado de la larga serie de hechos demostrativos que hemos expuesto.

Y cuando se considera que médiums de todos los grados, ya sean inteligentes o ignorantes, y recibiendo comunicaciones de diversos modos directos e indirectos, están absolutamente acordes en los rasgos principales de la teoría ¿en qué viene a parar la grosera falsedad de que nada se obtiene por conducto de los médiums sino lo que éstos conocen y creen por sí mismos? Casi todos ellos han sido educados en alguna de las creencias ortodoxas. ¿Cómo es, pues, que las nociones ortodoxas usuales acerca del cielo jamás son confirmadas por conducto de ellos?

En las veintenas de volúmenes y folletos de literatura espiritual que he leído, no he encontrado aserto alguno de espíritus describiendo *ángeles alados o harpas de oro o el trono de Dios*, al cual el más humilde cristiano ortodoxo piensa que será introducido si de cualquier modo logra conseguir entrada al cielo.

No hay entre los credos religiosos más divergentes una oposición tan radical como la que existe entre las creencias en que han sido educados casi todos los médiums, y las doctrinas sobre la vida futura que se exponen por medio de ellos; ni nada tan maravilloso en la historia del pensamiento humano, como el hecho de que, ya sea en las remotas selvas de América o ya en las poblaciones campestres de Inglaterra, hombres y mujeres ignorantes, imbuidos casi todos en las nociones sectarias de cielo, e infierno, emitan desde el momento en que aparece en ellos el extraño poder de la mediumnidad, enseñanzas sobre aquel asunto, más bien filosófi-

cas que religiosas, y de todo punto diferentes de cuanto se hallaba grabado profundamente en su inteligencia.

Y nada arguye contra el hecho de que algunas comunicaciones aparecen como dictadas por espíritus católicos y protestantes, mahometanos o hindús: porque al paso que tales comunicaciones sostienen *dogmas y doctrinas*, confirman sin embargo, *los hechos mismos* que en realidad constituyen la doctrina espiritual, y que por sí solos contradicen la teoría de los espíritus sectarios.

El espíritu católico romano, por ejemplo, no se describe a sí propio como colocado en el cielo, el purgatorio o el infierno ortodoxos; el disidente evangelista que murió en la firme convicción de que *iría a Jesús* jamás se describe como estando con Cristo, o como habiéndolo visto jamás; y así de los otros.

Nada es más común entre las gentes religiosas que concurren a las sesiones, que hacer preguntas sobre Dios y sobre Cristo. En respuesta jamás obtienen sino opiniones, o más a menudo la aseveración de que ellos (los espíritus) no tienen de estos asuntos más conocimiento que cuando estaban en la tierra.

De manera que todos los hechos están en armonía; y la circunstancia misma de haber espíritus sectarios, atestigua de dos modos la verdad de la teoría espiritual; mostrando, por una parte, que la mente con sus creencias arraigadas, no cambia de súbito por la muerte; y manifestando por otro, que las comunicaciones no son el reflejo de la mente del médium, quien muchas veces es de la misma religión que el espíritu que se comunica, y que al ver que sus propias ideas no son confirmadas, se ve obligado a apelar a la ayuda de la *influencia satánica* para explicar la anomalía.

La doctrina de un estado futuro y de la preparación conducente a él, tal como la hemos desenvuelto, se encuentra en las obras de todos los espiritualistas, en las expresiones de todos los sonámbulos oradores, y en las comunicaciones por conducto de todos los médiums; lo cual, a permitirlo el espacio, se podría probar aquí por numerosas citas.

Pero varía de forma y de detalle en cada una; y precisamente así como el historiador encuentra las opiniones y creencias de cualquiera época o nación, reuniendo y comparando las opiniones de sus más notables y

más populares escritores, así reúnen y comparan los espiritualistas las diversas aseveraciones sobre el asunto.

Saben bien que no se debe depender completamente de ningunas comunicaciones individuales. Saben que éstas se reciben por un procedimiento físico y mental complejo, en cuyo resultado influyen el que da y el que obtiene la comunicación; y sólo aceptan las enseñanzas relativas al estado futuro del hombre, en cuanto están confirmadas sustancialmente (aunque difieran en los pormenores) por comunicaciones obtenidas bajo las más variadas circunstancias, por conducto de los médiums de más diferentes caracteres y educación, en diversos tiempos y en apartados lugares. Suelen pensar los neófitos que, una vez satisfechos de que las comunicaciones vienen de sus amigos muertos, pueden creerlas implícitamente y aplicarlas de un modo universal; como si el vasto mundo espiritual estuviese vaciado todo en un molde, ¡en lugar de ser, como lo es ciertamente mil veces más variado que la sociedad en la tierra, sea hoy, sean en cualquier tiempo anterior!

El hecho de no estar acordes las comunicaciones en cuanto a la condición, ocupaciones, placeres y capacidades de los espíritus individuales, lejos de ser una dificultad, como se ha supuesto absurdamente, no es más que lo que ha debido esperarse: mientras que el acuerdo de rasgos esenciales de lo que hemos dicho que forma la teoría espiritual sobre un estado futuro de existencia, es todavía más palpable, y tienden a establecer la teoría como una verdad fundamental.

La aserción tantas veces hechas de ser el Espiritualismo la supervivencia o la renovación de añejas supersticiones, es tan absolutamente infundada que apenas merece mencionarse. Una ciencia de la naturaleza humana, fundada en hechos observados; que sólo apela a hechos y experimentos; que no toma creencias sin pruebas; que insiste en la investigación y en la conciencia de sí mismo, como los primeros deberes de los seres inteligentes; que señala que la felicidad en una vida futura puede ser asegurada cultivando y desarrollando hasta donde es posible las más altas facultades de nuestra naturaleza intelectual y moral, y *no de ningún otro modo*; es y tiene que ser el enemigo natural de toda superstición.

El Espiritualismo es una ciencia experimental, y suministra la única base segura para una filosofía verdadera y para una religión pura. Suprime los nombres "*sobrenatural*" y "*milagro*", extiende la esfera de la ley y el dominio de la naturaleza; y al hacerlo, recoge y explica lo que hay de verdadero en las llamadas supersticiones y en los pretendidos milagros de

todos los tiempos. Él, y sólo él, es capaz de hacer armonizar los credos contrarios; y conducirá finalmente a la concordia de la especie humana en materia religiosa, que por tantas edades ha sido fuente de incesante discordia y de incalculables males; y podrá hacerlo, porque apela a la evidencia antes que a la fe, y sustituye los hechos a las opiniones, poniéndose así en aptitud de demostrar el origen de mucha parte de la enseñanza que los hombres con tanta frecuencia han considerado como divina.

Se ve, pues, que quienes no pueden formarse a los usos del Espiritualismo, *“aún siendo verdadero”*, una concepción más alta que la de descubrir los crímenes o predecir quién ganará las carreras del Derby, no sólo prueban su propia ignorancia de todo el asunto, sino que exhiben en muy notable grado aquella parálisis parcial de la mente, resultado de un siglo de pensamiento materialista, que inhabilita a tantos hombres para concebir seriamente la posibilidad de una continuación natural de la vida humana después de la muerte del cuerpo.

Se ve también que el Espiritualismo no es una mera *“curiosidad”* fisiológica, ni una mera *“ley natural”* ignorada; sino una ciencia de vasta extensión, con las más amplias, importantes y prácticas soluciones, y que en tal carácter debe atraer las simpatías de moralistas, filósofos y políticos, y de cuantos se interesan de corazón por el mejoramiento de la sociedad y por la elevación permanente de la naturaleza humana.

Al concluir esta exposición, necesariamente imperfecta si bien algo dilatada, de un asunto que en toda probabilidad es tan poco conocido por los lectores de la *“Revista Quincenal”*, les rogaré encarecidamente que no se satisfagan con una crítica minuciosa de hechos aislados cuyos comprobantes, en mi breve reseña, pueden ser imperfectos; sino que pesen cuidadosamente la suma de evidencia que he aducido, considerando su vasta extensión y variados alcances. Les pediré que miren más los resultados producidos por la evidencia, que la evidencia misma, acaso mal presentada por mí; que consideren la larga lista de hombres de habilidad que, comenzando la investigación como escépticos, la terminaron como creyentes; y de hacer a estos hombres la justicia de no haber desatendido, durante años de paciente indagación, las dificultades que a ellos se les ocurren desde luego.

Les recomendaría meditar bien el hecho de que ningún investigador solícito ha llegado jamás a una conclusión adversa a la realidad de los fenómenos; y que ningún espiritualista ha renunciado a ellos como falsos. Y les pediré finalmente detenerse en la larga serie de hechos en la historia

humana, que el Espiritualismo explica, y en la noble y satisfactoria teoría que desenvuelve sobre una vida futura. Si así lo hacen, tengo confianza en que se conseguirá el resultado que he tenido en mira; que es, apartar las preocupaciones y falsas ideas que han rodeado todo este asunto, y excitar a un examen imparcial y perseverante de los hechos. Porque la máxima cardinal del Espiritualismo es que cada uno debe encontrar la verdad por sí mismo. No pretende que se la acepte *de oídas*; sino que, por el contrario, pide que no se le rechace sin una investigación animosa, paciente y honrada.

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| UN PRÓLOGO NECESARIO | 3 |
| ALGUNAS PUNTUALIDADES..... | 3 |
| NOTAS DEL ANTERIOR PROPIETARIO..... | 4 |
| PRÓLOGO | 6 |
| DEFENSA DEL ESPIRITUALISMO MODERNO..... | 8 |
| BOSQUEJO HISTÓRICO | 14 |
| DEDUCCIONES DEL BOSQUEJO ANTERIOR..... | 19 |
| EVIDENCIA DE LOS HECHOS..... | 22 |
| INVESTIGACIONES POR ALGUNOS ESCÉPTICOS NOTABLES..... | 30 |
| INVESTIGACIÓN POR EL COMITÉ DIALÉCTICO..... | 40 |
| FOTOGRAFÍAS ESPIRITUALISTAS..... | 45 |
| RESUMEN DE LAS MANIFESTACIONES MÁS IMPORTANTES FÍSICAS Y MENTALES..... | 55 |
| ENSEÑANZAS MORALES DEL ESPIRITUALISMO..... | 66 |

Este libro ha sido digitalizado por el **Área de Internet de la Federación Espírita Española** y puesto gratuitamente en la Red. Puede compartirlo libremente y ayudar en su difusión.

Descargar más libros de Espiritismo desde este link:

<http://www.espiritismo.cc/libros>

Bibliografía básica recomendada:

¿Qué es el Espiritismo? - Allan Kardec

Introducción al conocimiento del mundo de los Espíritus.

El Libro de los Espíritus - Allan Kardec

Libro de preguntas hechas por Allan Kardec a los Espíritus y sus correspondientes respuestas. Fue el primer libro espiritista de la historia, publicado en 1857 su primera edición. Históricamente es donde Allan Kardec crea la palabra Espiritismo.

El Libro de los Médiuns - Allan Kardec Tratado de Espiritismo experimental.

Acceso a **Preguntas Frecuentes**: <http://www.espiritismo.cc/faq>

Cualquier duda o sugerencia, escríbanos a info@espiritismo.cc

Encuétranos también en **Facebook** www.espiritismo.cc/facebook

Federación Espírita Española

www.espiritismo.es